

# **¿Fin de la clase obrera o desorganización de clase?**

**Adrián Piva**

## **1. Introducción**

Desde mediados de los años '80, pero con mucha fuerza durante la década del '90, las tesis del fin de la centralidad del trabajo y del fin o de la pérdida de centralidad de la clase obrera tuvieron una importante difusión en las ciencias sociales y un fuerte impacto en los estudios de la protesta y el conflicto social. El ocaso de los estudios centrados en la noción de clase fue simultáneo a la proliferación de investigaciones sobre movimientos sociales y de análisis basados en alguna noción –no siempre clara en sus supuestos teóricos- de identidad. Desde entonces se ha vuelto un lugar común en los artículos especializados desechar rápidamente la categoría marxista de clase apelando a afirmaciones poco reflexionadas sobre su “esencialismo” o sobre el fin del paradigma del movimiento obrero. El reciente retorno de las luchas obreras al centro de la escena en Argentina y en Europa ha otorgado un mayor espacio al cuestionamiento de estas tesis, pero los enfoques de los movimientos sociales, la acción colectiva y la teoría política de raíz posestructuralista han devenido dominantes en los estudios locales sobre conflicto social. En este artículo discutiremos algunos de los principales postulados de las corrientes teóricas que han sostenido el fin de la clase obrera, o en las que se han apoyado quienes lo han sostenido, e intentaremos alguna aproximación al fenómeno en Argentina entre 1989 y 2007. Para ello expondremos primero, de manera resumida e inevitablemente esquemática, los argumentos de algunos autores relevantes de dichas corrientes. En segundo lugar, presentaremos, también resumidos, elementos de un marco teórico para la discusión del problema desde el marxismo que hemos desarrollado de manera extensa en otro lugar (Piva 2008). En tercer lugar, intentaremos avanzar en una aproximación empírica al problema en Argentina, entre 1989 y 2007, a partir del análisis de la evolución del número y la composición de la clase obrera y de algunas tendencias del conflicto obrero y su lugar en el conflicto social. Finalmente, en

las conclusiones, retomaremos el debate con los autores y corrientes mencionados en esta introducción a la luz de los resultados empíricos.

Durante los años '80, las tesis del fin de la centralidad del trabajo y del fin o de la pérdida de centralidad de la clase obrera tuvieron, básicamente, dos orígenes. En primer lugar, la conceptualización como pasaje de la sociedad industrial a la sociedad posindustrial de una serie de transformaciones del capitalismo a partir de la crisis de mediados de los años '70, especialmente visibles en los países centrales. Los contenidos del término “sociedad posindustrial”<sup>1</sup> han sido heterógeneos y sus usos siguen siendo en muchos casos más bien neblinosos. Existe más acuerdo, sin embargo, en torno al tipo de transformaciones y a algunas de las tendencias que la caracterizarían: automatización de la producción; cambios en la naturaleza del trabajo y en la organización del proceso de producción; dualización del mercado de trabajo; mayor dinamismo de las ramas de producción de bienes inmateriales; disminución relativa del empleo industrial; persistencia de altas tasas de desempleo; pérdida de centralidad del conflicto obrero y aumento del peso de las protestas de los denominados “nuevos movimientos sociales”: ecologistas, feministas, glbt, consumidores, etc. Alain Touraine y André Gorz fueron pioneros en el desarrollo de teorías del desplazamiento del trabajo como centro de articulación de identidades basadas en el pasaje a la sociedad posindustrial. Si bien muchos otros desarrollaron enfoques de este tipo a partir de nociones como la de “sociedad informacional” (Castells 2001), “fin del salariado” (Castel 1997), etc., en gran medida, en estos dos autores se encuentra el origen de las dos grandes vías de interpretación.

Las tesis centrales de Gorz refieren a tres fenómenos ligados a la automatización de la producción y al creciente peso de la producción de bienes inmateriales: en primer lugar, el cambio en la naturaleza del trabajo que deviene en su centro crecientemente inmaterial; en segundo lugar, la tendencia a la dualización del mercado de trabajo con una minoría empleada de manera plena y estable y una mayoría con empleos precarios e inestables; en tercer lugar, los fuertes aumentos de la productividad en la industria debidos a la automatización de la producción que darían como resultado tendencial un aumento relativo del empleo no industrial y tasas de desempleo elevadas y permanentes.

---

<sup>1</sup> El término “sociedad posindustrial” tiene una existencia anterior: a principios de los '70 ya lo utilizó Daniel Bell para referirse a las consecuencias sociales de la introducción de nuevas tecnologías en la producción y del desplazamiento de la producción industrial por los servicios (Bell 2001).

Como consecuencia de este cuadro, el trabajo ya no ocuparía el centro de la vida de la mayoría de las personas y dejaría de ser el espacio de articulación de sus identidades colectivas (Gorz 1991). Tesis de este tenor tendrían amplia difusión en los años siguientes a la aparición de *Adiós al proletariado* y serían popularizadas y vulgarizadas en versiones periodísticas como la de Jeremy Rifkin (Rifkin 2000).

En el caso de Touraine, el paso a la sociedad posindustrial –denominada por el autor “sociedad programada”– se encuentra vinculado al desplazamiento desde la producción industrial hacia la producción de bienes culturales. Sin embargo, lejos de un determinismo tecnológico, lo que vuelve significativo dicho desplazamiento es el cambio radical en el eje del conflicto. En la sociedad industrial, el conflicto se estructuraba en torno al uso social de los medios de producción. Empresarios y trabajadores disputaban la organización y control de la producción y se enfrentaban como portadores de alternativas opuestas sobre la forma social que debía adoptar, pero compartían los valores básicos de la sociedad industrial presentes tanto en su forma capitalista como en su variante “socialista”. En la sociedad posindustrial, la disputa se desplaza a los fines de la producción, esto es, a la definición y control de la producción de normas culturales que la clase dirigente es capaz de imponer a una mayoría dominada de consumidores pasivos. La información aparece en el centro de estos conflictos. Esto supone cambios en las identidades de los sujetos, en los contenidos de los conflictos y en su dinámica. Los “nuevos movimientos sociales” (feministas, glbt, ecologistas, etc.) desplazan tendencialmente del escenario social al viejo movimiento obrero (Touraine 1987). De esta teorización de Touraine se derivan los enfoques actualmente dominantes sobre los movimientos sociales, en los que la problemática de la construcción de identidad en los conflictos ocupa un lugar relevante y de los que es uno de sus principales exponentes Alberto Meluchi. Desde fines de los ’80 dichos enfoques tenderían a sintetizarse con las corrientes americanas de la acción colectiva.

Es preciso mencionar, por último, a Claus Offe. Su perspectiva comparte con las anteriores la idea de una sociedad posindustrial en la que los servicios desplazan a la industria con sus efectos en la composición del empleo, el debilitamiento del viejo movimiento social –el movimiento obrero– y el desarrollo de “nuevos movimientos sociales”. Sin embargo, su tratamiento de la relación entre viejos y nuevos movimientos sociales es también tributario de la tradición frankfurtiana, que puede encontrarse tanto en Marcuse como en los trabajos de Habermas hasta mediados de los ’80. De acuerdo a dicha tradición el movimiento obrero sindicalizado tendió a integrarse al estado y a

normalizar su acción orientándola instrumentalmente hacia el aumento del consumo y, por lo tanto, volviéndola compatible con los límites tolerables por el sistema. En este sentido, un sector importante de los jóvenes frankfurtianos de fines de los '60 e inicios de los '70 tendió a ver potencial disruptivo en los denominados “nuevos movimientos sociales”. Este aspecto de las hipótesis de Offe debe tratarse de manera diferenciada de aquellas vinculadas al fin de la clase obrera y no podremos hacerlo aquí.

Un segundo origen de las impugnaciones a la noción de clase y de las tesis del ocaso del movimiento obrero se vincula con la difusión de las teorías políticas posestructuralistas. En particular con la crítica posestructuralista a la noción althusseriana de determinación y con el desarrollo de enfoques de la identidad sostenidos en la crítica lacaniana a la noción de sujeto. Son varios los autores importantes de esta corriente (Lefort, Ranciere, Badiou) pero, sin duda, el de mayor influencia en el ámbito local ha sido Laclau. Con la publicación de *Hegemonía y estrategia socialista* en 1985, Laclau produjo un giro en el modo de considerar a la hegemonía (Laclau 2004). En lo que refiere a nuestro problema es relevante que su punto de partida sea la afirmación de que el desarrollo capitalista ha conducido a una creciente complejidad social en lugar de a la polarización simple entre burgueses y proletarios esperada por Marx. Gramsci habría elaborado su concepto de hegemonía en respuesta al problema político que esto representaba. Para Gramsci, siempre según Laclau, la emancipación de la clase obrera requiere de la articulación hegemónica con otros grupos sociales –a diferencia de lo sostenido por Sorel– y dicha articulación no sólo cambia la naturaleza de las tareas –como en el concepto de revolución permanente de Trotski– sino también la identidad de los agentes. Sin embargo, en tiempos de Gramsci las identidades aun tendían a ser más estables y la identidad de clase predominante, de modo que la apelación a la clase obrera como sujeto era posible. Los cambios en el capitalismo de los últimos 30 o 40 años habrían dado lugar a una mayor fluidez e inestabilidad de las identidades y a un mayor desdibujamiento de la diferencia entre lo público y lo privado que ha puesto de manifiesto la ausencia de sujetos preconstituidos. La fragmentación de la clase obrera y la búsqueda teórica de la “verdadera clase obrera”<sup>2</sup> demuestran en realidad que no existe unidad de los sujetos fundada en intereses objetivos. En este sentido, para Laclau, la radicalización del concepto de hegemonía exige “reemplazar el tratamiento puramente sociologista y

---

<sup>2</sup> Con “búsqueda de la verdadera clase obrera” Laclau se refiere al debate entre Eric Olin Wright y Nicos Poulantzas al que nos referimos brevemente más adelante.

descriptivo de los agentes *concretos* que participan en las operaciones hegemónicas por un análisis *formal* de las lógicas que implican estas últimas” (Laclau 2000: 58). Desde esta perspectiva, la lógica hegemónica describe el modo específico de lo político como momento de constitución y disolución de identidades consideradas como puntos temporarios de estabilización de procesos fluidos e inestables. Para Laclau, entonces, la identidad de clase -y, por lo tanto, el antagonismo de clases- es sólo una posibilidad de la política y habría perdido predominio en los últimos 30 o 40 años.

Si se atiende a las argumentaciones brevemente expuestas, ni para quienes vinculan el ocaso de la clase obrera con el pasaje a la sociedad posindustrial ni para el posestructuralismo es determinante del fenómeno la reducción del número de asalariados. Quizás en los trabajos de Gorz de la década del '90 tenga relevancia el crecimiento de las actividades autogestivas y cooperativas y en las versiones más vulgares de estas tesis, como es el caso del ya olvidado Rifkin, el aumento del llamado “tercer sector”, actividades de voluntariado, etc. Sin embargo, lo esencial parece ser la constatación empírica de un estallido y multiplicación de las identidades sociales y de una proliferación de “nuevos movimientos sociales” y modos y contenidos del conflicto que pone en cuestión la capacidad explicativa del antagonismo de clases. Lo que cabría preguntarse, fundamentalmente en relación al posestructuralismo, y volveremos sobre ello al final del artículo, es si es tan fácil deshacerse de las determinaciones de carácter material en la constitución de identidades o si una vez arrojadas por la puerta vuelven a entrar por la ventana. Asimismo, en el caso de la heterogeneidad de contenidos atribuidos a la categoría “sociedad posindustrial”, no siempre resulta claro en qué sentido preciso definirían nuevas relaciones sociales con una lógica y dinámicas cualitativamente diferenciables de las del capitalismo industrial.

Lo que aparece atravesando al conjunto de los autores y de las corrientes es la asimilación de clase obrera y asalariados industriales y la identificación de la fábrica como el espacio de constitución de la identidad obrera. En este sentido, la reducción relativa del empleo industrial y el desplazamiento de la fábrica como *locus* de la producción se asociarían con la pérdida de centralidad de la clase obrera, sus organizaciones y los modos y contenidos de los conflictos que caracterizan su acción.

Esta asociación de clase obrera y asalariados industriales no es ajena al marxismo. Ya en los clásicos es perceptible la tendencia a dicha identificación, por lo menos en la medida en que la clase obrera industrial constituye el principal referente empírico de sus estudios. Sin embargo, como intentaremos ver enseguida, esta

limitación no se sigue necesariamente de sus concepciones teóricas. En términos políticos, la segunda internacional, hasta la primera guerra mundial, y el movimiento comunista, posteriormente, orientaron principalmente su intervención hacia los asalariados industriales. Esta concepción latente fue teorizada por Poulantzas, quien limitó su definición de clase obrera a los trabajadores productivos y, finalmente, a aquellos productores de mercancías físicas. Esta definición incluye básicamente a los asalariados de la industria, el agro y las actividades extractivas.<sup>3</sup> Teniendo en cuenta el carácter numéricamente marginal del tercer grupo y la tendencia a la disminución en términos absolutos del segundo, el sector determinante en términos empíricos es el industrial. Poulantzas también puso de manifiesto el problema de lo que denominó las “nuevas clases medias”. Laclau tiene en mente dicho debate cuando plantea el problema de la fragmentación de la clase obrera y pone en cuestión su unidad interna, aunque refiera a los debates de la sociología del trabajo y de la escuela de la regulación que también influenciaron a Gorz. Pero junto con el problema de las “nuevas clases medias” retornaba el viejo problema marxista de las “clases medias” en general: ¿son o no son clases? Detrás de todos estos problemas se hallaba el escaso desarrollo de la teoría marxista de las clases y las dificultades que enfrentaron quienes intentaron construirla desde la década del '60, a las que se sumó el desafío de explicar las profundas transformaciones en curso de los comportamientos sociales.

## **2. Un marco teórico para la discusión del problema desde el marxismo: una concepción relacional y procesual de clase**

Las “nuevas clases medias”, definidas por Poulantzas como aquellos asalariados que, por su posición y función en las relaciones de producción, no podían clasificarse como obreros ni como burgueses, parecían presentar un desafío a la teoría de Marx. A diferencia de las viejas clases medias, que podían considerarse como categorías sociales de transición que tendían a desaparecer con el desarrollo capitalista, las “nuevas clases medias” eran un producto de la profundización de la relación de capital.

En la concepción de Poulantzas, la “nueva pequeña burguesía” constaba de dos fracciones. En primer término, los trabajadores improductivos. En la medida en que la clase obrera era circunscripta al trabajo productivo, todos los asalariados que realizaran

---

<sup>3</sup> Se trata de los grupos de asalariados considerados por Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, escrita en 1844 (Engels 1974).

tareas improductivas eran considerados “nueva pequeña burguesía”. Para Poulantzas, esto no suponía *per se* una dificultad teórica, dado que su carácter de pequeña burguesía estaba dado de manera exhaustiva y excluyente por su posición en las relaciones de producción. Pero sí tenía dos consecuencias problemáticas. Por un lado, ponía en cuestión la tendencia a la proletarización de la masa de la población, ya que no existe razón teórica para afirmar que la masa incrementada de expropiados de los medios de producción se inserte mayoritariamente en actividades productivas. De hecho, los datos disponibles de los países centrales muestran un crecimiento de la proporción de trabajadores improductivos, por lo menos, en los últimos 40 años. Por otro lado, la asimilación de dos grupos sociales con condiciones materiales de existencia tan disímiles, la vieja y la nueva pequeña burguesía, obligaba a recurrir a criterios político ideológicos para su justificación. Ambos grupos desarrollarían actitudes similares: individualismo pequeño burgués, inclinación al *statu quo*, temor a la revolución, etc.

El papel de los criterios político ideológicos sería mayor en el caso de la segunda fracción de la nueva pequeña burguesía, aquellos asalariados que desempeñan tareas productivas y, al mismo tiempo, cumplen funciones de vigilancia y dirección en la organización capitalista del proceso de trabajo. Estos agentes, de acuerdo a su posición en el proceso de producción, tienen una condición “ambigua por duplicada” (Poulantzas 1975: 106). Es decir, no pueden ser definidos como burgueses o proletarios. Poulantzas resuelve la pertenencia de clase de las posiciones ambiguas en la división social del trabajo según “(...) si es esa ‘autoridad’ en la organización capitalista despótica del trabajo la que tiene la primacía en la práctica política efectiva, o bien si es su solidaridad con la clase obrera” (Poulantzas 1975: 106). Poulantzas define, entonces, al grueso de estas posiciones como “nueva pequeña burguesía”, a excepción de los altos mandos, que son considerados burgueses en virtud de su *propiedad económica* sobre los medios de producción –control real- que distingue de la propiedad jurídica (Poulantzas 1975).

La exclusión de los asalariados improductivos de la clase obrera y su clasificación como “nueva pequeña burguesía” no tiene una justificación teórica sólida y ha sido criticada por casi todos los autores marxistas que han trabajado sobre teoría de las clases. El hecho de que finalmente Poulantzas haya circunscripto la clase obrera a los asalariados que producen mercancías físicas lo tiene aun menos, pero muestra más claramente la intención de Poulantzas de dar un marco explicativo a la división entre trabajadores de cuello blanco y cuello azul, caracterizados los primeros por su asimilación político ideológica a la pequeña burguesía. Es decir, persigue la intención

de explicar / predecir los comportamientos de los individuos a partir de su clasificación de clase según su posición en la división del trabajo. Pero el resultado es la abolición de la determinación económica en última instancia ya que los criterios político ideológicos aparecen como determinantes, no sólo como dominantes, tanto en el caso de los mandos medios como en el caso de la definición de la vieja y la nueva pequeña burguesía como una sola clase. El nudo problemático de la concepción poulantziana de las clases se halla ligado a la determinación económica entendida al modo estructuralista. Más precisamente, es una consecuencia de que el estructuralismo cristaliza conceptualmente la apariencia objetiva de separación de lo económico y lo político al no concebirlos como momentos de una totalidad orgánica sino como estructuras separadas y relacionadas de un modo puramente externo.<sup>4</sup> En un modelo de este tipo la resolución de la cuestión de las clases requiere: a) la definición exhaustiva y excluyente de la condición de clase de los agentes a partir de su lugar en las relaciones de producción para que luego (este “luego” indica una diacronía lógica, no temporal) lo político-ideológico sobredetermine el modo siempre concreto y singular de constitución de los sujetos en sus luchas. Esto so pena de que la intrusión de lo político-ideológico anule la determinación en última instancia de lo económico. Y b) la explicación / predicción de los comportamientos de la clase, concebida como clasificación de individuos según su posición en la división social del trabajo.

Ambas cuestiones atraviesan todo el debate sobre las “nuevas clases medias” y se hallan en la base del fracaso de los diferentes intentos de solución del problema. En el caso de Eric Olin Wright su concepto de situaciones objetivamente contradictorias dentro de las relaciones contradictorias de clase intenta reducir las situaciones ambiguas a contradicciones objetivas de la estructura económica (Olin Wright 1983, 1994). Este intento encuentra sus dificultades allí donde persisten situaciones estructuralmente ambiguas que impiden predecir / explicar comportamientos y actitudes de los individuos que ocupan esas posiciones: las situaciones entre la vieja pequeña burguesía y la clase

---

<sup>4</sup> La paradoja de la representación planteada por Laclau es correcta cuando se aplica al estructuralismo marxista. Efectivamente en dicho modelo o bien las representaciones son determinadas por su base material, lo que supone que no hay distancia entre representante y representado, por lo cual la idea de representación pierde sentido, o bien el hiato entre ambos supone una indeterminación, esto es la abolición de la determinación por la base material. Es muy diferente cuando el hiato entre representación y contenido de la representación es concebido como *contradicción* entre dos polos de una misma relación caracterizada por su identidad y diferencia simultáneas. Esto supone que la contradicción aparece como límite de la identidad, como pura negatividad, no como oposición entre polos perfectamente exteriores uno respecto del otro.



obrera y entre la vieja pequeño burguesía y la burguesía reinstauran un escenario de indeterminación que anula la determinación económica en última instancia. Carchedi, por su parte, intenta una identificación económica y no ambigua de las clases incorporando a los criterios de la propiedad y del carácter improductivo o productivo del trabajo un tercer criterio: si los agentes cumplen o no funciones del capital en el proceso de producción (Carchedi 1977). Las “nuevas clases medias” se caracterizarían por la ausencia de correspondencia entre los tres criterios. Nuevamente, el intento fracasa en la medida en que, por un lado, para separar a los asalariados jerárquicos que integran la burguesía de aquellos pertenecientes a la pequeño burguesía debe suponer una separación tajante entre propiedad y no propiedad real (económica) de los medios de producción, la cual se halla desigualmente distribuida a lo largo de la jerarquía. Por otro lado, define las funciones del capital (vigilancia y control) como funciones improductivas y de no trabajadores para separar de manera exhaustiva y no ambigua a la clase obrera de la “nueva pequeño burguesía”, una posición imposible de sostener teóricamente.

Lo que fracasa en los tres enfoques es el intento de asignar a cada agente / individuo un carácter de clase –aunque sea objetivamente contradictorio— y un interés de clase definido –aunque sea tendencialmente— a nivel económico. Pero justamente este fracaso es un índice de su posible solución. La descripción de Poulantzas de la posición de los mandos medios como “ambigua por duplicada”, la concepción de Olin Wright de “situaciones contradictorias de clase” y la posición de Carchedi de considerar a los supervisores un híbrido de las dos clases puras –no propietarios de los medios de producción cumpliendo funciones del capital— señala, en la imposibilidad de “encasillar” a los individuos según su posición en las relaciones de producción, que la contradicción capital / trabajo los determina desigualmente y que la relación de clase los atraviesa enfrentándolos al capital como personificaciones del trabajo y al trabajo como personificaciones del capital.

El marxismo abierto opone la noción marxista de clase a la concepción que denomina sociológica y que es común a los estudios no marxistas de estratificación social y al marxismo estructuralista. Mientras los últimos consideran a la clase como grupos de individuos que comparten determinados atributos (por ejemplo, la misma relación con los medios de producción) o como lugares que definen la condición de clase de quienes los ocupan, la noción marxista concibe a la clase como una “relación social”. Ningún grupo o lugar, afirma Gunn, puede ser una relación social, aunque sean

definidos relacionamente. La clase, en esta perspectiva, es la propia relación capital / trabajo y, más específicamente, una relación de lucha: “los términos ‘clase’ y ‘relación de clases’ son intercambiables, y ‘una’ clase es algún tipo particular de relación de clases” (Gunn 2004: 20).

Desde este punto de vista, el problema de las nuevas clases medias –como se presenta en la tradición del estructuralismo— no sólo no es un problema, sino que, además, el carácter contradictorio de la situación de clase de los individuos, lejos de ser una excepción, es la regla. La relación de clase, entendida como relación social antagónica capital / trabajo, atraviesa a todos los individuos determinándolos desigualmente tanto cuantitativa como cualitativamente. Por lo tanto, el obrero puro y el capitalista puro, según Gunn, constituyen solo casos limitantes “considerados sólo como figuras entrelazadas con otras en una multitud diversamente estructurada” (Gunn 2004: 22). Es más, en cuanto tales, son tan sólo puntos teóricos. Aun aquellos que en un momento determinado se encuentran totalmente separados de los medios de producción y presentan los más altos grados de subsunción al capital, en la medida que la relación salarial es una forma fetichizada de las relaciones sociales, “viven una vida dividida en y en contra de si misma. Sus pies permanecen empantanados en la explotación, incluso cuando su cabeza (...) respira en nubes ideológicas burguesas” (Gunn 2004: 23). El problema a investigar es siempre cómo “la relación capital / trabajo estructura, de manera antagónica, a vidas concretas” (Gunn 2004: 23). En este sentido, el hecho de que a medida que el conflicto se desarrolla el antagonismo de clase tienda a tomar la forma de enfrentamientos entre grupos –nunca puros— debe ser visto como resultado de la lucha de clases.

Según Bonefeld, la concepción sociológica de las clases parte de las relaciones sociales constituidas como dato (Bonefeld 2004). La concepción marxista desentraña su proceso de constitución. Ese proceso de constitución es lo que Bonefeld denomina “lógica de la separación”. La premisa de la relación de capital es la separación de los productores directos de los medios de producción, acto que constituye a los medios de producción como capital y al trabajo como trabajo asalariado, enfrentado a sus propias condiciones de existencia como propiedad ajena. En esta relación social los productos del trabajo se transforman en mercancías, en productos del capital, lo que conlleva “la materialización de las determinaciones sociales y la personificación de sus fundamentos materiales” (Bonefeld 2004: 46). De este modo, el capitalista y el obrero se enfrentan como personificaciones del capital y del trabajo asalariado.

Esta perspectiva sitúa correctamente el objeto del marxismo. Ese objeto es la relación social —en tanto lógica que subyace al modo en que los individuos se vinculan y que los constituye como singularidades históricas— y no la mera interacción entre individuos constituidos, que es su forma exterior de desenvolvimiento. Sin embargo, al mismo tiempo, la simple disolución de la forma clase en la lógica de la separación le resta autonomía y, por lo tanto, no permite el análisis de la lucha de clases como forma particular de la relación de capital, como momento de su desarrollo. Más específicamente, la contradicción capital / trabajo es entendida inmediatamente como lucha de clases, no existiendo distinción analítica entre ambos conceptos. En la medida en que todas las formas de la relación de capital son entendidas como formas de la lucha de clases y que “lucha de clases” es intercambiable con “contradicción capital / trabajo”, la categoría “antagonismo de clase” pierde sentido específico.

Esta forma de conceptualizar la lucha de clases tiene varias consecuencias. En primer término, el propio desarrollo de la contradicción capital / trabajo —inmanente a la relación de capital— es visto como lucha de clases aunque a ese nivel lógico de análisis carezca de un mínimo de subjetivación. Ejemplos de ello son las interpretaciones de Holloway y Bonfeld de la génesis del dinero y de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (Holloway 1994; Bonfeld 2004). En segundo término, los conflictos son conceptualizados como lucha de clases sin importar si sus protagonistas, aún siendo asalariados, participan como obreros o como “estudiantes”, “vecinos”, “consumidores”, “ciudadanos” o meros individuos miembros de una masa indiferenciada. En tercer término, dado que la contradicción capital / trabajo estructura la vida de todas las personas, cualquier conflicto protagonizado por sectores subalternos es visto como una forma de la lucha de clases entre capital y trabajo, aunque se trate de pequeños comerciantes en peligro de quiebra que buscan conservar su pequeño negocio o campesinos sujetos a tendencias expropiatorias que pretenden conservar su pequeña propiedad. No hace falta decir que las dos últimas cuestiones hacen al centro del debate con quienes sostienen las tesis del fin de la clase obrera. Volveremos sobre ello más adelante.

Las “viejas clases medias”, por su parte, entrañaban para el marxismo otro tipo de dificultades. En *El 18 brumario de Luis Bonaparte* Marx dedica un famoso párrafo a la situación de clase de los campesinos parcelarios franceses. El modo en que lo hace plantea un problema de interpretación respecto de los sentidos con los que usa la noción

de clase ya que allí nos dice que, al mismo tiempo, los campesinos son y no son una clase:

“Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. (...) Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de estas forman una aldea, y unas cuantas aldeas un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a estas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una convención. No pueden representarse sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol” (Marx 1985: 349–50).

Marx opone aquí, retomando la terminología de Gunn, Holloway y Bonefeld, la noción sociológica de clase a la noción marxista. Dada la incapacidad de los campesinos parcelarios franceses de constituirse como sujetos a nivel político, sólo forman una clase si se entiende a la clase como “clasificación”, como conjunto de individuos que comparten determinados atributos (determinadas condiciones económicas de existencia). Pero es justamente esta concepción de clase la que Marx critica en primer término en su capítulo inconcluso de *El capital*:

“¿Qué hace que trabajadores asalariados, capitalistas y terratenientes formen las tres grandes clases sociales? A primera vista, la identidad de los réditos y de las fuentes de rédito. Son tres grandes grupos sociales, cuyos componentes, los individuos que las

forman, viven respectivamente de salario, ganancia y renta de la tierra, de la valorización de su fuerza de trabajo, su capital y su propiedad de la tierra. Pero desde este punto de vista médicos y funcionarios, por ejemplo, también formarían dos clases, pues pertenecen a dos grupos sociales diferentes, en los cuales los réditos de los miembros de cada uno de ambos fluyen de la misma fuente. Lo mismo valdría para la infinita fragmentación de los intereses y posiciones en que la división del trabajo social desdobra a los obreros como a los capitalistas y terratenientes” (Marx 1998: 1124).

Los campesinos parcelarios franceses son constituidos por las relaciones sociales que mantienen entre si y con el resto de la sociedad como entidades aisladas que sólo pueden ser movilizadas o representadas como “una clase” si “desde fuera” el estado, o cualquier otro poder extraño a ellos, los agrupa, los unifica como tal, en función de sus condiciones comunes de existencia como si constituyeran un único cuerpo. En ese sentido es que Marx dice que no son una clase, en tanto no son constituidos, no existen desde el inicio como clase en determinada relación social. Desde esta perspectiva, la clase es una *relación social objetiva* que, por lo tanto, debe ser distinguida de las nociones de identidad social o colectiva.

¿Pero que es lo que hace que la clase obrera sí sea una clase? En este punto es necesario establecer una distinción respecto de la posición del “marxismo abierto”. Bonfeld sostiene que lo que constituye a capitalistas y trabajadores asalariados como clases es la separación del productor directo de los medios de producción. Por lo tanto, sigue Bonfeld, la acumulación originaria no es un mero período histórico sino una presuposición constitutiva, producida y reproducida continuamente por la relación de capital, aunque como *forma superada*. Sin embargo, Bonfeld no analiza la forma específica en que la separación es producida, como su presupuesto, por las relaciones capitalistas. Pero es precisamente en este sentido que la acumulación originaria, en tanto acto violento de separación del productor directo de sus condiciones de existencia, sí es un período histórico. El análisis de la forma específica bajo la que la separación es producida y reproducida es el análisis del capital como modo histórico de producción. La expropiación de los pequeños productores y aún de los pequeños capitalistas a través de la competencia supone la continuidad del desarrollo y expropiación de las capacidades productivas de los productores directos bajo su forma específicamente capitalista: la subsunción progresiva del trabajo al capital. Es a través de ella que se desarrolla el doble proceso de abaratamiento de las mercancías y aumento del plusvalor, mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario como parte de la jornada laboral.

Desde la cooperación simple hasta la gran industria, los obreros individuales son crecientemente constituidos como órganos del obrero colectivo. Ya en la cooperación simple la mera reunión de un número suficiente de obreros bajo el mando de un capitalista crea una capacidad productiva adicional, una fuerza productiva de la cooperación. Por otra parte, en la medida que los trabajadores se enfrentan individualmente –en tanto propietarios de fuerza de trabajo— al capitalista en el mercado y que en el proceso de producción, y sólo como efecto del uso que hace el capitalista de la fuerza de trabajo que ha comprado, funcionan como capital variable, esa fuerza productiva social del trabajo se enfrenta a los productores directos individualizados como fuerza productiva del capital. En la manufactura, mediante la división técnica del trabajo, y en la gran industria, con la introducción del sistema de máquinas, este proceso se profundiza, se desarrolla cada vez más el obrero colectivo y cada vez se enfrenta más esta potencia social como potencia del capital frente al vendedor individual de fuerza de trabajo.

El proceso progresivo de subsunción del trabajo al capital, por las relaciones que establece entre los productores directos entre sí y entre estos y el capital, constituye al obrero como obrero colectivo. El plusvalor es producto de éste y no del obrero individual. Es de esta existencia colectiva que se deriva su potencialidad de devenir sujeto a nivel político. Y es esa potencialidad, no su actualidad, la que diferencia a la clase obrera de los campesinos parcelarios franceses, el hecho de que su constitución como una clase no depende de su unificación “desde fuera”. Sólo en este sentido la existencia individual de los vendedores de fuerza de trabajo es ya “clase en sí”.<sup>5</sup>

La categoría de “obrero colectivo” no es sólo aplicable a los obreros directamente explotados en el proceso capitalista de producción. La subsunción progresiva del trabajo al capital opera “liberando” fuerza de trabajo, independientemente del empleo productivo o improductivo que de ella se haga, y colectivizándola, es decir, haciéndola cada vez más dependiente de su uso colectivo, más inútil como individuo aislado. Además, en la medida que los productores directos se encuentran separados de los medios de producción y se constituyen en vendedores de

---

<sup>5</sup> Por razones de espacio no podemos desarrollarlo, pero en la cooperación simple los trabajadores reunidos por el capitalista en el taller sólo son constituidos como “obrero colectivo” –como fuerza productiva directamente social— “desde fuera” por el mando unificado del capitalista. Las relaciones entre ellos sólo existen mediadas por la relación que une a cada obrero individual con el mismo capitalista. Recién con la manufactura, la división técnica del trabajo determina la aparición del obrero parcial que no puede funcionar aisladamente del obrero colectivo del cual es órgano.

fuerza de trabajo, las condiciones de realización de esa mercancía resultan modificadas por los cambios en el proceso de producción. Las transformaciones en el proceso de trabajo afectan la composición de clase del conjunto de la clase obrera, desde la estructura de calificaciones —y la “obsolescencia” de determinadas calificaciones— hasta la distribución de la fuerza de trabajo en ocupaciones productivas e improductivas, pasando por la determinación de los salarios. La transformación de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo es, a la vez, transformación de la composición de la clase obrera, entre ocupados y desocupados, entre productivos e improductivos, etc. Por otra parte, bajo el capitalismo, no es la empresa, ni la rama, la unidad de explotación y dominación de clase, sino que es un proceso que se desarrolla al nivel del capital social total. Los capitalistas individuales, a través de la igualación de la tasa de ganancia, participan como si se tratara de accionistas del capital social total, de una cuota parte del plusvalor total producido en proporción a la magnitud relativa de sus capitales. A ese nivel, único en el que opera efectivamente la apropiación de plusvalor, capital y trabajo se enfrentan como realidades colectivas.

La subsunción del trabajo al capital, entonces, produce, reproduce y profundiza la separación de los productores directos de sus condiciones de existencia, presentando cada vez más a los individuos como personificaciones del trabajo frente al capital y como personificaciones del capital frente al trabajo.<sup>6</sup> Es precisamente a través de este umbral mínimo de subjetivación que los produce y reproduce en cuanto clases. La contradicción capital / trabajo, inmanente a la relación de capital, se desarrolla como antítesis externa a través del antagonismo de clase. El antagonismo de clase es, aunque sólo en una distinción analítica, una forma particular de la relación de capital.

Sin embargo, tomada *per se* —abstraída de las formas históricas de la lucha de clases y, por lo tanto, de los procesos históricos de formación de clase— la subsunción del trabajo al capital reproduce a capitalistas y asalariados como clases pero sólo a un nivel estrictamente económico y en tanto poseedores individuales de determinadas mercancías: trabajo, capital, tierra. Es decir, los reproduce como *clases económicas*.<sup>7</sup> En tanto los opone como individuos formalmente iguales, que intercambian libremente sus mercancías, su desigualdad real y su antagonismo aparecen como mera diferencia

---

<sup>6</sup> Se deduce de lo expuesto que, en la medida que se profundiza la relación de capital y progresa el proceso de subsunción del trabajo, la tendencia será hacia la reducción de las viejas clases medias y al incremento simultáneo de los “obreros puros” y de lo que los sociólogos denominan “nuevas clases medias”. Esto solo podía ser un problema para la “sociología marxista”.

<sup>7</sup> Es este el nivel que pueden registrar los estudios de estructura de clases, como el que haremos en la próxima sección para Argentina entre 1989 y 2006.

cuantitativa –desigualdad en las relaciones de distribución— y como conflicto entre intereses particulares.<sup>8</sup>

Por lo tanto, a este nivel, aun experimentadas como relación de opresión, la relación entre capitalistas y trabajadores asalariados, en tanto personificaciones de las relaciones sociales cosificadas, aparece como una relación de dominación más al lado de la relación de opresión de género, de las relaciones de dominación en las instituciones de enseñanza, etc. Los procesos de constitución de identidades colectivas son desde este punto de vista contingentes e inestables. Alternativamente, o a la vez, el mismo individuo se opone al capitalista en tanto trabajador asalariado, resiste o padece la opresión de género en tanto mujer, es examinado o sancionado en tanto estudiante, etc. En su acción colectiva pueden coexistir o yuxtaponerse diversas identidades o estabilizarse como dominantes algunos modos de identificación.

Lo que hace que la lucha de clases tenga un papel determinante en la estructuración de la vida social es el hecho de que la relación de capital en su articulación con, y subsunción de, todas las formas de vida social es capaz de igualar cualquier diferencia social excepto la diferencia de clase<sup>9</sup>, modo antitético de existencia de la contradicción capital / trabajo. Por lo tanto, aunque no es posible reducir toda forma de relación social a la contradicción capital / trabajo<sup>10</sup>, todo el movimiento histórico del capital puede ser visto como su estructuración alrededor de ese núcleo improcesable.<sup>11</sup> Ese es el único sentido que puede tener “la determinación de lo económico en última instancia”.

De esto se siguen algunas consecuencias. Primero, que no todas las formas de resistencia y lucha pueden ser consideradas como lucha de clases, aunque se encuentren atravesadas o mediadas por la relación capital / trabajo, del mismo modo que el antagonismo de clase, basado en la explotación, se encuentra atravesado y mediado por otras formas de dominación. Segundo, que pueden desenvolverse al nivel de los conflictos sociales formas no clasistas de la contradicción capital / trabajo, por ejemplo,

---

<sup>8</sup> Si el poder del capital sobre el trabajo se manifiesta en la asimetría en las relaciones libremente contraídas, el derecho del trabajo se concibe como derecho compensatorio, que restablece la igualdad entre los sujetos de contrato.

<sup>9</sup> Incluida la diferencia de ingresos entre capitalistas y asalariados. Aunque esta diferencia sea experimentada como mera diferencia cuantitativa, se trata de la manifestación a nivel de las relaciones de distribución de la desigualdad real a nivel de las relaciones de producción *strictu sensu*.

<sup>10</sup> Reduccionismo cuyas formas más usuales son el historicismo y el economismo marxistas.

<sup>11</sup> Algo similar plantea Zizek cuando define a la “lucha de clases” como “Real” (véase Zizek 2003a y 2003b).



cuando la forma identitaria dominante que asumen los asalariados en los conflictos es la de “ciudadanos” o “consumidores”. Vamos a ver más adelante que durante los '90 los procesos de crisis social y política se encontraron determinados por la contradicción capital / trabajo y, sin embargo, la forma identitaria dominante de muchos de los conflictos no fue clasista.

En tanto poseedores individuales de fuerza de trabajo, en ese mínimo de subjetivación, los obreros ya son clase, pero “clase en si”, potencialidad de ser sujeto colectivo. Por lo tanto, el proceso de formación de clase no es una instancia externa a la “estructura de clases”, vinculada a ella por relaciones de determinación y limitación. Es un proceso posible, no necesario, pero históricamente verificado, de estructuración de los conflictos como enfrentamientos de los trabajadores con los capitalistas y su estado en tanto sujetos colectivos históricamente constituidos.

Ambos, capitalistas y asalariados, se realizan plenamente como clases en relación con el estado. Los capitalistas, porque sólo a través del estado existe de manera efectiva un interés común de la burguesía, dominante bajo la forma bastarda de interés general. En el mercado se enfrentan como competidores, se fragmentan y atomizan. Los asalariados, en la medida que existen en el mercado como individuos vendedores de fuerza de trabajo, también se atomizan y se escinden como obreros y ciudadanos. La clase obrera se constituye como sujeto colectivo a nivel político cuando se enfrenta como “una clase” al estado.<sup>12</sup> Históricamente lo ha hecho, en primer lugar, como un interés particular de la sociedad civil, en tanto organización que unifica a los vendedores de fuerza de trabajo. Ese es el caso de las confederaciones sindicales y su lucha por la reducción de la jornada laboral, el salario mínimo, etc. Sin embargo, bajo esa forma, empresarios y trabajadores se constituyen como intereses económicos opuestos pero no antagónicos, la oposición se estructura sobre una relación de diferencia, no de contradicción. El lugar histórico de constitución de la lucha de clases como concepto no es la huelga, es la revolución. Fueron los historiadores burgueses de la revolución francesa los que lo descubrieron y está ausente de la economía política inglesa, donde el conflicto de clases es conflicto de intereses entre clases económicas. Los trabajadores sólo se desarrollan plenamente como clase a través de la organización de la acción colectiva con el objetivo de la toma del poder político, cuando la lucha de clases se

---

<sup>12</sup> “Para ‘protegerse’ contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que confederar sus cabezas e imponer como clase una ley estatal” (Marx 1998: 364).

presenta como antagonismo irreductible y su resultado como conservación o reorganización del conjunto de las relaciones sociales.

En este sentido, la clase como tal, tiene una existencia puramente negativa. Sólo existe bajo las formas de su representación en el proceso de formación de clase: bajo la forma de individuos poseedores de fuerza de trabajo (clase en si), bajo la forma de sindicato, partido u otra forma de organización política, etc. Y, sin embargo, subsiste como una realidad distinta de sus formas, en la medida en que la representación, por su propia naturaleza, en alguna medida falla. Siempre es posible distinguir entre la clase y la capa de dirigentes sindicales que la representa, entre la clase y la capa de dirigentes y militantes políticos a través de la que existe.

Puede verse desde esta perspectiva cuan sinsentido es intentar medir de manera “exhaustiva y no ambigua a nivel de lo económico” quienes son parte de la clase obrera. Por un lado, dado que la clase es una relación social que atraviesa desigualmente a todos los individuos, una parte de ellos aparece como personificación del trabajo frente al capital y, al mismo tiempo, como personificación del capital frente al trabajo. Por otro lado, en tanto es una realidad procesual, la clase sólo existe bajo las formas que asume en el proceso de formación de clase y, por lo tanto, los límites precisos de su espacio social se presentan como un resultado de la misma lucha de clases. De esto se sigue que el carácter dominante o declinante de la identidad obrera dependerá en gran medida del desarrollo y los desenlaces de la lucha de clases.

### **3. Algunas aproximaciones al problema del declive de la clase obrera en Argentina (1989 – 2007)**

Como mencionáramos al inicio, las teorías del fin de la clase obrera y de la pérdida de centralidad del trabajo tuvieron una importante difusión en Argentina durante la década del ‘90. Esta difusión estuvo vinculada, por un lado, al aumento del desempleo, del subempleo y de la precariedad laboral y al descenso del empleo industrial, entre otros fenómenos sociolaborales; por otro lado, a los cambios en las formas y dinámica de las luchas sociales y en las formas de protesta, a la tendencia a la caída del conflicto obrero y a la emergencia de nuevas identidades contestatarias. En lo que sigue intentaremos aproximarnos brevemente a algunos aspectos de ambos grupos de fenómenos para después retomar en las conclusiones algunas de las discusiones planteadas en relación con el caso argentino.

### 3.1 Proletarización y fragmentación

Como señalábamos en la sección anterior, la relación social de capital enfrenta a capitalistas y trabajadores -en la medida en que los constituye como personificaciones del capital y del trabajo asalariado- como “clases económicas”, esto es, en la forma de individuos poseedores de determinadas mercancías. Desde esta perspectiva, entonces, la estructura de clases de una formación social capitalista dada en un momento determinado de su desarrollo debe ser vista como una cristalización del proceso de constitución de las relaciones sociales como relaciones de clase. A este nivel de análisis, las clases son “clases en sí”, es decir, las relaciones sociales de producción en las que los individuos existen, los constituyen como tales a un nivel estrictamente económico. Esto es, el referente empírico no es la clase como sujeto colectivo sino como relación social objetiva.

En este sentido, las primeras preguntas a responder son: (a) si la clase obrera aumentó su número durante el período y (b) si creció su proporción. Aquí nos concentraremos en el análisis de la Población Económicamente Activa (PEA) a partir de datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH INDEC) para las ondas de octubre de 1980, 1988, 1998 y 2006 y de los censos de 1980, 1991 y 2001 - lo cual ciertamente es un aspecto limitado de la cuestión- y restringido al aglomerado Gran Buenos Aires (GBA) a fin de facilitar la comparación.

Comencemos con el subperíodo 1989 – 2001. La transformación de la estructura de clases del GBA entre esos años se caracterizó, en primer lugar, por un *profundo proceso de proletarización*. Como se observa en el Cuadro 1, el crecimiento intercensal de la PEA entre 1991 y 2001 fue de un 11% mientras que el aumento intercensal del número de obreros y empleados ocupados y desocupados fue de casi un 30%. La comparación de los mismos datos entre 1980 y 1991 muestra un aumento de la PEA de un 25,1% y del número de obreros y empleados ocupados y desocupados de un 17%. Por dicha razón, se produce un descenso del porcentaje de obreros y empleados entre los ocupados en 1991 respecto de 1980 (67,4% y 74,5% respectivamente) y un nuevo aumento en 2001, en el que vuelven a representar alrededor del 74% (ver cuadro 1). Sin embargo, dicha comparación debe ser tomada con cuidado, ya que en los tres censos se produjeron cambios en el modo de captación y en los instrumentos de recolección de la información que afectaron la medición de un fenómeno cuya definición conceptual es,

aparentemente, la misma. En el censo de 1980, se consideraba desocupados a quienes no hubieran trabajado y hubieran buscado trabajo durante la semana anterior a la entrevista. En el censo de 1991, se consideraba desocupados a quienes hubieran buscado trabajo durante las 4 semanas anteriores a la entrevista. Esta diferencia conducía en el censo de 1980 a subestimar a los desempleados y a sobreestimar a los inactivos y en el censo de 1991 resultaba en una tasa de actividad más elevada incluso que en la EPH. Esta tendencia resultaba acrecentada, porque en el censo de 1991, a diferencia del anterior, se preguntaba explícitamente al entrevistado si había trabajado durante la última semana “aunque sea unas pocas horas”. Esto sobreestimaba a los ocupados y en especial a los cuentapropistas. Además, la única pregunta por la condición de actividad en el censo de 1980 se transformaba en 1991 en un índice compuesto a partir de 4 preguntas que también hacía al cuestionario más sensible a la actividad. En el año 2001, se excluyó al servicio doméstico como categoría diferenciada. La mayoría de los empleados domésticos respondió ser obrero o empleado pero, tomando en cuenta que los datos de 1980 y 1991 que aportamos incluyen al servicio doméstico, dicha categoría puede resultar subestimada en un porcentaje indeterminado. Debemos agregar a estas consideraciones las dificultades de comparabilidad intercensal que introducen los diferentes momentos del año en que se realizaron los censos: octubre de 1980, mayo de 1991 y noviembre de 2001.

Con el fin de controlar estos resultados, utilizamos las ondas de la EPH de octubre de 1980, mayo de 1991 y octubre de 2001 (ver cuadro 2). De allí surge que el crecimiento de la PEA entre 1991 y 2001 fue del 25,2% mientras que el incremento del número de obreros y empleados ocupados y desocupados fue del 35,9%, es decir, que nuestra conclusión acerca de un profundo proceso de proletarización resulta confirmada. La comparación entre las ondas de octubre de los mismos años muestra que las diferencias estacionales son decimales.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> El crecimiento de la PEA entre octubre de 1980 y mayo de 1991, según la EPH, fue de un 17,2%, sensiblemente menor al dato intercensal. Sin embargo, no hemos incluido el aumento del número de obreros y empleados porque en la EPH de 1980 un 13,5% de la PEA figura sin condición de actividad especificada, lo que torna inútil el dato para los fines propuestos. Sólo a fines indicativos, el aumento en el número de obreros y empleados ocupados y desocupados se incrementaría entre esas dos ondas en un 34,6%, sin embargo, el porcentaje de obreros y empleados entre los ocupados es de un 61,2% según la EPH de octubre de 1980, mientras que en el censo del mismo año y mes es del 74,5%. La diferencia, como porcentaje de los ocupados, de las restantes categorías ocupacionales entre datos censales y datos de la EPH es poco significativa. Esto puede indicar que los encuestados sin categoría ocupacional especificada son en una gran proporción asalariados y que el crecimiento entre las ondas de octubre de 1980 y mayo de 1991 sería sensiblemente menor. Si contabilizamos a los ocupados con categoría

El cuadro 1 también muestra una tendencia de largo plazo de crecimiento de la sobrepoblación relativa, en términos del desempleo abierto, especialmente aguda entre 1991 y 2001. Si bien el año 2001 es el año de mayor tasa de desempleo del período estudiado, las tasas promedio de desempleo para cada período también tienden a crecer.<sup>14</sup>

Si comparamos las mismas variables entre 1998 y 2006 –1998 es el último año expansivo del período iniciado con la convertibilidad y el segundo semestre de 2006 el que abría el cuarto año de expansión económica después de la devaluación- se observa una continuidad en cuanto al proceso de proletarización. Entre ambas mediciones aumenta el número de asalariados, de asalariados ocupados, la proporción de asalariados sobre los ocupados y la proporción de asalariados sobre la PEA. Notablemente, entonces, a partir de los '90 se inicia un proceso de proletarización, tanto en términos de aumento del número de vendedores de fuerza de trabajo como de su proporción entre la PEA y los ocupados, que contrasta con lo ocurrido durante los '80. Si bien, como planteáramos antes, no es esencial a las tesis del fin de la clase obrera una reducción del número de asalariados, la tendencia a la constitución del conjunto de los

---

ocupacional sin especificar como asalariados, el porcentaje de los asalariados sobre los ocupados se eleva al 74,7% (en el censo de 1980 un 74,5%) y el crecimiento del número de asalariados ocupados y desocupados entre las ondas señaladas de la EPH es del 11,1% (de acuerdo a los censos 1980 y 1991 un 17,1%). Estos datos vuelven consistentes los de la EPH de octubre de 1980 y los del censo del mismo mes y año y son compatibles con la mayor sensibilidad a la tasa de actividad del censo de 1991. De ser así, entre 1980 y 1991, el número de obreros y empleados ocupados y desocupados creció en menor proporción que la PEA, tal como surgía de la comparación intercensal.

<sup>14</sup> Debiéramos, sin embargo, incorporar al análisis de la población sobrante al universo de los trabajadores por cuenta propia, ya que una porción de ellos, difícil de determinar, constituye en realidad parte de la sobrepoblación relativa o, como ha denominado Salvia a dicha actividad, “autoempleo refugio” (Salvia 2001). Ricardo Donaire realizó una aproximación a la medición y evolución de los no propietarios dentro del universo de los trabajadores por cuenta propia entre 1980 y 2001 a partir de datos de los censos nacionales y de la EPH – INDEC (Donaire 2007). A partir de una diferenciación en base a grupos ocupacionales específicos mostró, de acuerdo a datos de la EPH para 1980, 1991 y 2001 -que permiten una aproximación más fina al fenómeno que la de los censos- que en el GBA ha tendido a decrecer desde 1980 el porcentaje de cuentapropistas propietarios, a decrecer su número absoluto entre 1991 y 2001, y a crecer en términos absolutos y relativos los cuentapropistas no propietarios desde 1980. Este dato debe ser leído como una tendencia al incremento de una fracción de sobrepoblación relativa, es decir, que debe ser sumada al desempleo abierto para llegar a una medición más realista del fenómeno. Una medición más precisa de la sobrepoblación relativa debiera incorporar al desempleo encubierto bajo la forma de fuerza de trabajo subutilizada (Monza 1998), y a una cantidad difícil de determinar de inactivos que constituyen desempleados desalentados en su búsqueda de trabajo. El primer tipo tiene particular interés como un modo contemporáneo de existencia de la sobrepoblación relativa latente, es típicamente el empleo estatal sobre todo en las provincias, muy diferente de su tradicional existencia como población sobrante oculta en el campo.

individuos como personificaciones del trabajo y del capital plantea dudas sobre el peso asignado por dichas teorías a continuidades y rupturas en los últimos 30 años. Volveremos sobre ello en las conclusiones.

Por otra parte, la tendencia de largo plazo al incremento de los desempleados se rompe desde 2003. Es claro que este dato resulta relevante a la hora de analizar las condiciones estructurales para la acción colectiva de los asalariados, pero no pueden sacarse conclusiones de mayor alcance por la diferente extensión de los períodos. De hecho, el piso de desempleo es, todavía, más elevado que el de los años '80. Lo que si es evidente es que el término “desproletarización” era, al menos, excesivo para referirse al incremento previo del desempleo.

Sin embargo, en términos de composición de la clase obrera, las tendencias desde 1989 parecen corroborar las predicciones de algunas de las teorías enumeradas en la primera parte. Si observamos el cuadro 5, veremos que existe una tendencia de largo plazo hacia el aumento de la proporción de trabajadores improductivos y hacia el descenso correlativo de la proporción de los productivos. Los trabajadores productivos representaban un 54% del total de asalariados ocupados en 1980 y descendieron a un 48% en 1988, a un 40% en 1998 y a un 36,3% en 2006.<sup>15</sup> Esta tendencia ha sido reflejada por distintos autores y aparece ligada en la literatura económica a la existencia de un proceso de desindustrialización (Basualdo, Schvarzer, Aspiazu, Kavisse).<sup>16</sup> En otros trabajos hemos expresado nuestra crítica a dicha caracterización del proceso (Piva 2009b). Esas diferencias, relevantes a la hora de conceptualizar el modo de acumulación de capital, resultan ser un matiz al momento de ver su impacto sobre la composición de la clase obrera. El crecimiento del sector servicios y la disminución relativa del sector industrial están estrechamente vinculados al aumento de la proporción de trabajadores improductivos y tiene un desarrollo continuo, al menos, desde 1976. Sin embargo, en los años '90 se produjo una significativa aceleración de los aumentos de productividad respecto de las décadas previas. En Argentina, el coeficiente de producto por persona ocupada fue de 3,80 para el período 1970 – 1996 y de 8,02 para el período 1990 – 1996

---

<sup>15</sup> En realidad el trabajo productivo aparece subestimado a lo largo de todas las mediciones. Por razones de comparabilidad hemos traducido el clasificador ciu rev 3 en términos del clasificador ciu rev 2, utilizando las tablas de correspondencia de la ONU. Si bien hemos intentado incluir como trabajo productivo a aquellas ramas clasificadas como servicios que producen plusvalor, a fin de mantener la comparabilidad con los años '80 fue necesario dejar a algunos de ellos entre los improductivos. De cualquier manera, si bien se modifican los porcentajes, la tendencia no se modifica sustancialmente.

<sup>16</sup> Sobre los diferentes significados del término desindustrialización y su utilización en Argentina ver el artículo de Juan Grigera (Grigera 2011) en este mismo libro.

(Katz 2000). Jorge Katz vincula estrechamente este fenómeno con la caída del empleo industrial. De modo que, a la hora de evaluar la disminución de la proporción de trabajadores industriales en la década del '90, debemos considerar como una especificidad del período el impacto de la reestructuración del capital en la distribución del empleo. Los incrementos de productividad en la industria se desaceleraron significativamente en el nuevo ciclo expansivo iniciado a fines de 2002.

Esta peculiaridad de los '90 resulta ratificada por la evolución de la proporción de trabajadores productivos en las actividades primarias y la industria, la construcción y los servicios y el transporte (cuadro 6). Mientras entre 1980 y 1988 la proporción de trabajadores industriales cayó aproximadamente 1 punto porcentual, entre 1988 y 1998 descendió alrededor de 15 puntos porcentuales y entre 1998 y 2006 se mantuvo estable.

También se observa a lo largo de las cuatro mediciones una tendencia de largo plazo al aumento del empleo en negro, tomando como indicador la realización de aportes jubilatorios (cuadro 7). Esto indica una creciente dualización del mercado de trabajo. Otra tendencia que muestra continuidad es el aumento de la proporción de mujeres asalariadas (cuadro 8).

En términos de la evolución de la calificación, sin embargo, no se advierte una tendencia clara de largo plazo. Parece haber una tendencia hacia el aumento de la proporción de asalariados descalificados y la caída de la proporción de calificados, interrumpida entre 1998 y 2006. En 2006 se verifica, con respecto a 1998, un aumento de la proporción de trabajadores calificados en detrimento de descalificados y asalariados con calificación profesional. En los '90, como se observa en el cuadro 10, existió una evolución dispar de las calificaciones entre las ramas industriales que crecieron y que no crecieron. En las ramas que experimentaron crecimiento se observa una clara tendencia a la polarización de las calificaciones: aumento de los asalariados descalificados y con calificación profesional en detrimento de los calificados. En contraposición, en las ramas que no crecieron se dio un proceso neto de descalificación. Esta evolución dispar es atribuible al impacto de la reestructuración desigual del capital que incluyó la reorganización de los procesos de trabajo y la introducción de nuevas tecnologías. Dicha relación, aunque excluimos los cuadros por razones de espacio, está ausente para el período expansivo 1985–88. Para el período expansivo iniciado a fines de 2002 no tiene sentido la comparación porque, hasta el año 2006, sólo experimentó estancamiento o caída la rama de productos del tabaco. Sin embargo, ninguna

aproximación al fenómeno (por crecimiento inferior o superior a la media o por utilización de capacidad instalada, por ejemplo) arrojó diferencias significativas.

Observábamos antes que las tendencias de transformación de la composición de clase entre 1998 y 2006 presentaban otras dos diferencias respecto de lo ocurrido entre 1988 y 1998: la caída del desempleo y el mantenimiento de la proporción de asalariados industriales como proporción de los trabajadores productivos. Ambas diferencias tienen que ver con la desaceleración de los incrementos de productividad. Dado que los fuertes aumentos de productividad durante los '90 se hallaron asociados a la renovación de capital fijo y a la introducción de nuevas tecnologías, es posible que los cambios en las tendencias de evolución de las calificaciones también estén expresando un cambio en los patrones de inversión. Sin embargo, más allá de las particularidades de ambos subperíodos, la evolución de las calificaciones observada previene sobre la traslación a países periféricos de teorías basadas en desarrollos propios de los países centrales. La mayor parte de las teorías del fin del trabajo y de los nuevos movimientos sociales se sustentan en supuestos ligados a una sociedad basada en la producción de bienes inmateriales, con altos grados de automatización y mayores requerimientos de calificación de los asalariados. Si bien esos fenómenos no se encuentran ausentes en la Argentina, tienen un alcance limitado.

De conjunto, desde 1989, se desarrolló un profundo proceso de proletarianización y, simultáneamente, una tendencia a la fragmentación estructural de la clase obrera, a la persistencia de tasas de desempleo históricamente elevadas y al aumento del trabajo improductivo. Pero resta ver, antes de ensayar algunas reflexiones generales, lo más importante: qué pasó con el conflicto obrero y qué conclusiones pueden extraerse respecto del proceso de formación de clase.

### **3.2 Conflicto obrero y conflicto social entre 1989 y 2007**

En Argentina, las transformaciones en los patrones y en la dinámica de la conflictividad social y en las formas de protesta ocuparon el centro del debate sobre el ocaso de la clase obrera. Un conjunto de autores (Svampa 2003; Auyero 2002; Farinetti 1999; Schuster *et alii* 2006; sólo para mencionar a algunos), con diversos énfasis y matices en cuanto al alcance de los fenómenos, plantearon la emergencia de nuevos sujetos y el desplazamiento de la producción como centro del conflicto y acuñaron términos como “desproletarianización” o “fin del paradigma del movimiento obrero”. En



mayor o menor grado tendieron también a vincular estos procesos, de un modo no mecanicista, con los efectos de los programas de reestructuración capitalista impulsados desde la última dictadura militar sobre la estructura social y la subjetividad de los agentes. Aquí sólo pretendemos, a partir del problema planteado, avanzar en algunos aspectos relevantes de las tendencias del conflicto obrero y su lugar en el conflicto social en los últimos 20 años.

#### *A- Una aproximación cuantitativa a los cambios en el conflicto obrero*

Dado que en otros trabajos hemos abordado las tendencias cuantitativas del conflicto obrero entre 1989 y 2001, aquí nos limitaremos a resumirlas, remitiendo a aquellos para más detalle.<sup>17</sup> Si nos concentraremos en la evolución del conflicto desde 2003 y en el seguimiento de algunas variables para distintas fuentes desde 1989. Es necesario aclarar, sin embargo, que la comparación, en sentido estricto, sólo será válida dentro de cada período, ya que las fuentes de recolección y las bases de datos utilizadas para los '90 y para el período posterior a 2003 son diversas. Por lo tanto, la confrontación de datos entre ambos períodos, aunque sea sobre las mismas variables, tendrá sólo un carácter indicativo y sus conclusiones serán hipótesis a ser contrastadas en futuras investigaciones.

Entre 1989 y 2001 se evidencian, en primer término, dos fenómenos: por un lado, una tendencia general a la caída del número de conflictos; por otro lado, una división en dos etapas. La primera etapa presenta un pico de conflictos en 1994 –el de mayor número en el período- y es extensible hasta 1995, aunque ya en ese año se inicie el descenso de la conflictividad. Esta primera etapa expresa la dinámica de lucha y el cambio en las relaciones de fuerza entre las clases en el momento álgido de la reestructuración del capital y del estado de los '90. Sus características son la caída constante de los conflictos motivados en aumentos salariales, el aumento de los conflictos defensivos debidos a la reconversión del capital privado y a la reforma del estado y la creciente desagregación de la acción colectiva de los trabajadores:

---

<sup>17</sup> Para un mayor desarrollo de la evolución del conflicto social entre 1989 y 2001 ver Piva (2009a y 2009b). Todos los datos sobre conflictividad obrera son elaboración propia a partir de la base de datos de conflictos laborales (CEI – UNQ) elaborada bajo la dirección del Mg. Marcelo Gómez, quien gentilmente la cedió. Los datos sobre protestas pertenecen a Iñigo Carrera y Cotarelo (2001; 2003 y 2004) y Schuster (2002 y 2006). Los datos sobre 2001 fueron elaborados, además, con información construida por el autor a partir de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Página 12*.

fragmentación de los conflictos a niveles provinciales y de empresa, establecimiento o ámbito local. Dicha tendencia a la fragmentación continuaría más allá de 1995. Una segunda etapa, que comienza en 1996, puede caracterizarse como de baja conflictividad relativa. Este carácter no es revertido - para el conflicto obrero de conjunto- por el alza de 2001, que es inferior en número a los registros de 1992, 1993 y 1994 y en cantidad de conflictos defensivos es inferior a 1995. Ambos fenómenos, la tendencia a la caída del número de conflictos durante todo el período y el inicio de una etapa de baja conflictividad relativa desde 1996, aunque obedecen a diversas variables, no pueden desligarse del aumento del desempleo hasta 1995 y su estabilización en niveles nunca inferiores al 12 % en la segunda etapa.

Por otra parte, si observamos, además de la evolución de conjunto, la evolución del conflicto según fracciones, veremos un proceso de segmentación desde 1996. Mientras los ocupados tienden a reducir o a mantener relativamente bajo el número de conflictos, los desocupados aumentan su conflictividad hasta el año 2001. A ello debe agregarse que, mientras el conflicto de los ocupados presenta un grado relativamente alto de fragmentación, los desocupados incrementan la centralización de sus acciones durante 2001.

De conjunto, la tendencia a la caída de la conflictividad obrera, la fragmentación y la segmentación según fracciones plantean un escenario de *desorganización de la acción de los asalariados como clase*. Esta desorganización de los asalariados como clase es el indicador más exacto de la ofensiva del capital contra el trabajo y de la alteración de las relaciones de fuerza entre las clases. Si en tanto relación social objetiva se asiste durante los '90 a un proceso de constitución creciente de las relaciones entre individuos como relaciones entre clases, es decir, a un aumento del número de obreros como *clase económica*, simultáneamente, se desarrolla un proceso de desorganización de clase en términos subjetivos. *El aumento del espacio social ocupado por las personificaciones individuales del trabajo es correlativo a la disminución de la densidad y el volumen ocupado por las organizaciones obreras en el espacio de las luchas sociales*. Muestra de ello es la multiplicación, fundamentalmente desde 1996, de las identidades en lucha. Desde ese año “vecinos”, “usuarios”, “estudiantes”, etc. aumentan el número de protestas por una diversidad de demandas (derechos humanos, educación, salud seguridad, cortes de luz, inundaciones, etc.). La gran mayoría de estas protestas puede vincularse a la activación de los “sectores medios”. Esta categoría sociocultural, si bien incluye a la vieja pequeña burguesía, agrupa mayoritariamente a

asalariados, a los que Olin Wright conceptualizara como “situaciones contradictorias entre la clase obrera y la burguesía” y, particularmente, a una masa de asalariados puros, todos ellos clasificables y movilizables, a pesar de su heterogeneidad, por ciertos hábitos y representaciones compartidos. Sin embargo, también crecen las protestas de “vecinos” y “usuarios” en las demás capas de asalariados, aun en las más empobrecidas.

Un ejemplo concentrado de estas tendencias lo brinda la evolución del conflicto durante 2001. Si bien crece el número de conflictos de todas las fracciones de los asalariados, los asalariados como conjunto, y los ocupados del sector privado en particular, no sólo no recuperan los índices de conflictividad de la primera parte de los ‘90 sino que, a pesar del aumento de las medidas de fuerza, manifiestan un menor grado de respuesta en relación al número de despidos y suspensiones. Los trabajadores del estado resisten con importantes huelgas y movilizaciones la reducción de sus salarios hasta agosto. Más allá de ese mes, cae el número de conflictos y se fragmentan. A pesar de ser para ellos el año de mayor conflictividad del período, los desocupados tampoco escapan a esta tendencia. A partir de septiembre sus acciones también se reducen y fragmentan. Simultáneamente al aumento de las protestas de “comerciantes”, “vecinos” y finalmente “la gente”, un nuevo aumento de la conflictividad obrera en diciembre presenta bajos niveles de articulación y organización. Sin embargo, los datos también reflejan para ese año y para todos los actores, incluidas las luchas obreras, un aumento de la radicalidad, en términos del incremento de la proporción de medidas de acción directa y de la apelación a cortes, tomas y sabotajes.

Si observamos lo ocurrido entre los años 2003 y 2007, advertiremos algunas continuidades pero también varias rupturas respecto del período precedente. Sin embargo, antes de avanzar en el análisis es necesario realizar algunas aclaraciones respecto de la base de datos construida.

Entendemos que el conflicto es una unidad de sentido que articula en su desarrollo diferentes medidas de lucha y que puede incluso detenerse en la amenaza de su ejecución sin que llegue a concretarse. En este sentido trabajar con conflictos como unidad de análisis resulta más rico y permite aproximarse a diferentes mediciones: número de conflictos, número de medidas de fuerza, proporciones de las diferentes medidas de fuerza, etc., además de admitir análisis de sus fases y resultados. No obstante, a diferencia de la base de datos utilizada para el período 1989–2001, la unidad de análisis no es el conflicto sino el paro. La razón por la que nos hemos limitado a los paros es la necesidad de acotar el universo de búsqueda dada la limitación de recursos.

En función de dicho objetivo también restringimos la fuente al diario *La Nación*. Por ello, se trata sólo de una aproximación. Sin embargo, la evolución del número de paros, de la proporción de paros por empresa o establecimiento y de la proporción de paros en el sector público tiende a ser coincidente y consistente con otras mediciones de conflictos y protestas obreras más abarcadoras en su unidad de análisis y en las fuentes de recolección de datos, como las del sitio Nueva Mayoría<sup>18</sup> o del Ministerio de Trabajo para los años 2006 y 2007.

Paralelamente, también a partir de la misma fuente, hicimos un recuento del número de acciones realizadas por desocupados especificando si se trataba de cortes, ocupaciones o tomas o de marchas, concentraciones y otras medidas de menor grado de radicalidad. Ambos conjuntos de datos no son comparables en cantidades absolutas por referir a diferentes unidades de análisis.

Yendo al análisis, en primer lugar, los datos muestran una inversión en la evolución de los conflictos de ocupados y desocupados respecto de la observada para los años 1989–2003. Como se observa en el cuadro 11, la frecuencia de paros crece en los años 2004 y 2005. Aunque cae en 2006, el número de paros ese año es superior al de 2003 y vuelve a crecer en 2007 a un nivel levemente inferior al del pico de 2005. De acuerdo al sitio Nueva Mayoría, que publica datos del período 1989–2007, 2005 sería el año de mayor número de conflictos protagonizados por ocupados desde 1989 y todo el período 2004–2007 presentaría un promedio mayor al período iniciado en 1989. En contraposición, el promedio mensual de acciones protagonizadas por desocupados, luego de crecer en 2004, tiene una tendencia decreciente hasta 2007, especialmente aguda en los dos últimos años. El retroceso se hace también manifiesto en la caída en 2006 y 2007 del porcentaje de cortes, ocupaciones y tomas (cuadro 12). La apelación creciente a medidas moderadas y la caída del número de acciones muestran debilidad y aislamiento crecientes del movimiento de desocupados. Del mismo modo que las tendencias opuestas entre 1989 y 2001 no podían desligarse del aumento del desempleo, la evolución de la protesta de ocupados y desocupados desde 2003 no puede desvincularse de la reducción del desempleo, que para fines de 2006 ya mostraba niveles de un dígito. También se encuentra parcialmente asociada con la caída del desempleo la recuperación de la lucha salarial, estimulada, además, por la inflación y el establecimiento de las paritarias. Sin embargo, su evolución parece mostrar un fuerte

---

<sup>18</sup> Ver [www.nuevamayoria.com](http://www.nuevamayoria.com).

impulso con el retorno del crecimiento -vinculado a las pérdidas salariales debidas a la devaluación- aunque con dos particularidades. En primer término, el fuerte aumento de los reclamos salariales muestra cierto retardo, sobre todo en el sector privado, respecto del inicio del crecimiento económico que sólo se explica por su impacto sobre el empleo (ver cuadro 14). En segundo término, los asalariados registrados del sector privado consiguen aumentos reales que superan lo perdido por la devaluación y avanzan sobre lo perdido durante los '90.<sup>19</sup> Ambas particularidades muestran un fortalecimiento relativo de las capacidades de acción colectiva de la clase obrera, en parte seguramente asociada con la caída del desempleo.

Sin embargo, a pesar de estos cambios, también se observan importantes continuidades. Los cuadros 15 a 17 muestran la evolución de diversas medidas porcentuales para conflictos descentralizados entre 1989 y 2003 y entre 2003 y 2007, entendidos estos conflictos como aquellos desarrollados a nivel de empresa o establecimiento, local o provincial. Como mencionamos antes, este contraste de mediciones de la misma variable para diferentes bases es sólo indicativo y únicamente sirve a fines de la proposición de hipótesis. Los cuadros 15 y 16 muestran como, entre 1989 y 2003, la proporción de conflictos descentralizados y la proporción de conflictos descentralizados del sector privado aumentan considerablemente cuando sólo se consideran los paros. En el cuadro 17 observamos que para ambos casos el porcentaje sube de manera muy importante entre 2003 y 2007. Si limitamos la definición de conflictos descentralizados a los de establecimiento, empresa o nivel local se observa el mismo resultado (Cuadros 18 a 20). Hecha la salvedad acerca de los límites comparativos, las mediciones podrían estar indicando una continuidad de la tendencia a la fragmentación del conflicto.

En este sentido, la distinción entre las dos definiciones de descentralización nos permite precisar la evolución de las tendencias a la desagregación o agregación del conflicto obrero desde 2003 hasta 2007. En otro trabajo vimos que existe una fuerte asociación entre el nivel de las medidas de fuerza y el motivo del conflicto (Piva 2006). Los mayores niveles de centralización corresponden a conflictos con motivo en

---

<sup>19</sup> El salario real de los trabajadores registrados del sector privado había experimentado en el último trimestre de 2006 un aumento del 18,4% respecto al último trimestre de 2001 (fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC). Paralelamente, los asalariados del estado y los privados no registrados seguían un 17,3% y un 23,8% debajo y el conjunto de las negociaciones salariales del sector formal se adecuaba a las pautas informales de incrementos establecidas por el gobierno. Estos dos últimos datos muestran la persistencia de la situación de debilidad relativa de la clase obrera abierta en 1989 y muestran que su recomposición es parcial.

demandas de aumento salarial y los más descentralizados a conflictos con motivos vinculados a condiciones de trabajo, despidos, suspensiones, etc. Sin embargo, entre 1989 y 2001 y sin poner en cuestión dicha asociación, observábamos una tendencia al aumento de la proporción de conflictos descentralizados con cada incremento del número de conflictos aun cuando aumentara la proporción de conflictos por demanda de aumento salarial. Veíamos en ello una tendencia a la fragmentación del conflicto que iba más allá de la caída de conflictos con motivo de aumento salarial y que vinculábamos –mediada por la transformación en las relaciones de fuerzas político-sindicales- con la fragmentación estructural de la fuerza de trabajo. Para dicho período utilizábamos la primera definición de descentralización, es decir, incluíamos los conflictos de nivel provincial y considerábamos como centralizados los convocados a nivel nacional. La tendencia a lo largo de la década era a una caída de la proporción de estos últimos. Como se observa en el cuadro 17, la proporción de paros descentralizados así entendidos entre 2003 y 2007 es casi del 85%. El mayor peso de esa proporción abrumadora recae en los conflictos provinciales, los que a su vez se desarrollan masivamente en el sector público, que concentra el 86% del total de paros a nivel provincial. Esto determina que la dinámica particular del conflicto de estatales y docentes –estos últimos realizaron un 27% del total de paros registrados entre 2003 y 2007– regule en gran medida la dinámica de paros provinciales.<sup>20</sup> A ello se suma, la poca cantidad de paros provinciales anuales en el sector privado. Ambos hechos determinan que, más allá del altísimo porcentaje de conflictos descentralizados de definición 1, no pueda determinarse ninguna tendencia de evolución a lo largo del período 2003–07. Por el contrario, los paros a nivel local o de establecimiento o empresa en el sector privado representan el 58,5% del total del sector y su proporción es mayor en los años 2004, 2005 y 2007, en orden decreciente (ver cuadro 21). Los años 2005 y 2007 son los de mayor proporción de paros por demandas de aumento salarial en el sector privado, únicos años en los que ese porcentaje supera el 50% (ver cuadro 14). A su vez, en términos de crecimiento interanual, la proporción de conflictos descentralizados de definición 2 crecen en 2004 y 2007, años de crecimiento interanual de las demandas salariales y del número de total de conflictos. Esto, una vez más, no

---

<sup>20</sup> Específicamente en el caso de los docentes, la evolución de la cantidad de paros dependió en esos años de la fijación del mínimo salarial nacional y de la mayor o menor dificultad de los gobiernos provinciales para ajustar los salarios ya sea al mínimo o ya sea a un porcentaje similar al acordado a nivel nacional. Ello explica también que casi no se registraran huelgas docentes a nivel nacional. La centralización del piso salarial potenció los efectos en el conflicto docente de la descentralización educativa de los '90.

niega la asociación entre nivel de desagregación de las medidas y causa del conflicto sino que muestra que la tendencia a la fragmentación a nivel de empresa en el sector privado entre 2003 y 2007 va más allá de dicha asociación. De hecho, la asociación entre nivel de medida y demanda de aumento salarial para el total de paros entre 2003 y 2007 es fuerte (V de Cramer = 0,344), aunque se debilita para el sector privado (V de Cramer = 0,159). Este debilitamiento refleja la asociación del sector de actividad con el nivel de la medida (V de Cramer = 0,308) y con la demanda de aumento salarial (V de Cramer = 0,342). Es decir, hay significativamente una mayor ocurrencia de paros por aumento salarial y a mayores niveles de agregación en el sector público que en el sector privado. Si bien esto nuevamente no niega la asociación originaria la especifica en un sentido que remite a variables ausentes del modelo. El mayor número de paros debidos a demandas de pase a planta, condiciones de trabajo o blanqueo salarial reflejan mayores niveles de precariedad y fragmentación de los colectivos en el sector privado que se manifiestan en su descentralización y en la afectación de las capacidades estructurales de los asalariados para organizar una acción colectiva. Sin embargo, entre las demandas distintas de las salariales tienen preponderancia aquellas vinculadas a las condiciones de trabajo y al pedido de pase a planta (básicamente casos de tercerizados) con un 9,8% y un 9% respectivamente. Ambas causas, junto a las de aumento salarial reflejan, en oposición a los '90, una búsqueda de recuperación del terreno perdido en el período previo. Aun en la fragmentación, se observan signos de recuperación. Veremos mejor esto en el próximo apartado.

Antes veamos otra continuidad en términos cuantitativos pero con un dato observado en el año 2001 y en contraste con la evolución, desde 2003, de las acciones de desocupados. Ese año, decíamos antes, se observaba la mayor proporción de medidas duras: cortes, tomas, ocupaciones y sabotajes. Si definimos operacionalmente la radicalidad como la apelación en el marco de los paros a cortes, tomas, ocupaciones y sabotajes, a pesar de la caída en 2007, se observa una clara tendencia al aumento de su proporción, como surge del cuadro 22. También, en este caso, se observa una mayor ocurrencia en el sector privado, a niveles descentralizados, en conflictos motivados en demandas diferentes a las de aumento salarial. Su explicación resulta más ajustada por las interacciones con y entre dichas variables.<sup>21</sup> Sin embargo, nuevamente su tendencia, sin negar esas asociaciones, va más allá de ellas. Del mismo modo que con lo expuesto

<sup>21</sup> El análisis loglineal arrojó como modelo con menor pérdida de explicación (0,982) y una alta significación (P = 0,01) a aquel que relaciona la radicalidad con dichas variables y con las interacciones entre dichas variables.

en el párrafo anterior, una mejor aproximación a este problema requiere una mirada más cualitativa.

*B- Una mirada cualitativa: cambios en los sujetos y en las lógicas del conflicto*

Sin duda, el retroceso de la clase obrera durante los '90, en términos del peso político y social de sus luchas, se encuentra magnificado. Un repaso por los principales conflictos y protestas del período, en términos de su impacto político y social, pone de manifiesto en que importante medida el trabajo y los trabajadores estuvieron en el centro de la escena. Los conflictos protagonizados por el Frente de Gremios Estatales en Jujuy durante la primera mitad de los '90, el conflicto en las armadoras electrónicas de Tierra del Fuego -que culminó con el asesinato de Víctor Choque en 1995-, el largo conflicto docente jalonado por paros, movilizaciones y la instalación de la carpa blanca en la segunda mitad de los '90, los cortes y puebladas de trabajadores desocupados a partir de 1997, los planes de lucha en 2001 del Congreso Nacional Piquetero, son sólo algunos ejemplos. Dicha magnificación surge parcialmente de la exclusión forzada de los movimientos de trabajadores desocupados de las filas de la clase obrera. Esta exclusión suele estar fundada, más o menos explícitamente, en una caracterización estrecha de la acción de la clase obrera que la identifica con la acción sindical de los asalariados ocupados. Con una definición de este tipo probablemente una gran parte de las rebeliones obreras del siglo XIX quedarían fuera de la historia del movimiento obrero. Pero también surge de un énfasis excesivo en un fenómeno real, la existencia durante el período 1989–2001 de conflictos y protestas de alto impacto social y político protagonizados por identidades no clasistas y que en momentos importantes desplazaron a la clase obrera del centro de los enfrentamientos sociales.

Si bien la mera existencia e importancia de movimientos de protesta no clasistas no es un fenómeno que merezca destacarse como una especificidad de los '90 -pensemos en el movimiento de DDHH en los '80 o en el conflicto sobre educación laica o libre en los '60-, sí lo es que desplacen del centro del conflicto al conflicto de clases. Por lo menos lo es en la Argentina de los últimos 50 años. Una mirada a varias protestas de ese tipo nos da un indicio de la magnitud del fenómeno. El primer corte de ruta en Cutral-Có de 1996 es un ejemplo de un conflicto en el que el fenómeno del desempleo se encontró en el centro de las motivaciones de la protesta, pero que fue asumido como problema del pueblo de Cutral-Có y en el que comerciantes, asalariados,



dirigentes sociales y políticos, etc. participaron como individuos parte de ese pueblo constituido en sujeto de la protesta (Piva 2009). Allí la contradicción capital / trabajo, si bien determinó todo el proceso social y político que fue condición de posibilidad de la protesta, no emergió a nivel del enfrentamiento de modo clasista. Habría que esperar al segundo corte en 1997 para que los desocupados se recortaran como el sujeto central de la protesta. En este sentido, una situación similar se presenta en diciembre de 2001. Si bien los asalariados ocupados y desocupados no estuvieron ausentes de los acontecimientos, los primeros sólo generaron un hecho significativo con la huelga general de las tres centrales del 13 de diciembre y los desocupados manifestaron una tendencia a la desagregación de sus acciones. Ambos fueron desplazados del centro de los enfrentamientos por conjuntos de manifestantes que intervinieron de un modo no clasista. La mayor parte de los individuos participantes de las protestas y enfrentamientos, asalariados o no, lo hizo en tanto parte de las multitudes de pobres en los saqueos o de la masa indiferenciada con fuerte presencia de “sectores medios” en el cacerolazo del 19 de diciembre. Por su composición social y por los modos de participación en los enfrentamientos -que incluyeron el armado de barricadas y el ataque a edificios públicos y a locales comerciales y oficinas, fundamentalmente de capital bancario, empresas privatizadas y capital extranjero- los hechos del 20 de diciembre se emparentan con las protestas de trabajadores y habitantes en el interior del país -los llamados “estallidos provinciales”- y con las luchas de desocupados, estudiantes universitarios y estatales durante el año 2001. Sin embargo, los asalariados no participaron en tanto clase de los acontecimientos sino que lo hicieron, al igual que en el cacerolazo del 19 de diciembre, como parte de la masa indiferenciada. Este fenómeno, por el cual multitudes de asalariados han tendido y tienden a actuar de modo no clasista, equivale a una *desproletarización subjetiva*, fundamentalmente a nivel político. A diferencia de los años '80, los asalariados reaccionan frente a la crisis y el estado, pero no como obreros. Entre ambos sucesos hubo fenómenos de protesta de fuerte impacto político como el apagón y bocinazo de septiembre de 1996 que, si bien fue convocado por una multisectorial que incluía a organizaciones obreras, constituyó una acción predominantemente ciudadana y sus principales protagonistas fueron los sectores medios. O los cortes de calles de febrero de 1999 en respuesta al apagón que llegó a afectar a casi 600.000 clientes de EDESUR en la Capital Federal, que se repitieron durante varios días con una importante movilización de “vecinos” y una participación masiva de comerciantes. Y hacia diciembre de 2001 surgirían las protestas de ahorristas

contra el “corralito bancario”, que darían origen a organizaciones durante 2002. En todos los casos, las identidades forjadas en las protestas, cuando surgieron identidades, se mostraron inestables y efímeras. Esto es, la desproletarización subjetiva no dio lugar a la conformación de nuevas identidades en lucha de carácter más o menos permanente que compitieran por el centro del conflicto con la identidad obrera.

En muchas de esas protestas, sobre todo en las de vecinos y usuarios, pasaron a ser comunes los enfrentamientos con los asalariados. “Saqueadores” contra empleados de supermercados, ahorristas contra empleados bancarios, usuarios de trenes contra trabajadores ferroviarios.<sup>22</sup> En varios casos los sindicatos han intervenido exigiendo seguridad para los trabajadores, incluso llevando adelante huelgas u otras medidas de fuerza. Lo significativo de estos hechos es que, en su mayoría, implican el enfrentamiento de asalariados en tanto clientes con asalariados en su función productiva. Nuevamente, la relevancia no radica en la mera existencia de conflictos entre asalariados / clientes y asalariados / trabajadores, porque esto es inherente a la relación mercantil y ocurre de modo cotidiano. El problema está en el lugar que adquiere este enfrentamiento en las acciones colectivas de protesta. Es importante distinguir, al menos, entre aquellos casos en los que los clientes se enfrentan con los asalariados en tanto cara visible de la empresa (típicamente, el caso de los ahorristas con los empleados bancarios) y aquellos en que los usuarios se enfrentan con los asalariados que realizan una protesta. En ambos casos, pero sobre todo en el segundo, el enfrentamiento aparece como un aspecto de la desagregación de la acción de la clase obrera y de la desproletarización subjetiva. Los colectivos fragmentados de obreros se enfrentan al resto de los asalariados como grupos de interés particular, lo que plantea dificultades a la articulación de demandas y a la disputa por la legitimidad de las luchas. No es posible apelar a la “solidaridad de clase” como a un sustrato constituido.

Entre 2003 y 2007 se han seguido desarrollando importantes conflictos de carácter no clasista: las protestas de las asambleas ambientalistas –particularmente el caso de Gualeguaychú-, las protestas contra la inseguridad –fundamentalmente en el apogeo de Blumberg entre 2004 y principios de 2006-, el movimiento de Cro-Magnon, las protestas de usuarios ferroviarios, sobre todo en 2006 y 2007, etc. Sin embargo, a

---

<sup>22</sup> Es un hecho poco recordado que uno de los primeros ataques a estaciones y vagones en respuesta a una interrupción de los servicios de trenes por protesta gremial ocurrió en la estación Once el 27 de diciembre de 2001, durante la tarde del mismo día del cacerolazo contra Rodríguez Súa.

diferencia del período anterior, los conflictos obreros han recuperado peso político y social. Varios de los conflictos protagonizados por trabajadores han estado entre los más significativos del período y, fundamentalmente, con la vuelta de las paritarias y el retorno de la lucha salarial, han readquirido centralidad política. Un mero conteo de algunos de esos conflictos lo ejemplifica: los conflictos protagonizados por telefónicos de la regional Buenos Aires entre 2004 y 2006 por recomposición salarial y por el pase a planta de tercerizados en servicios de atención telefónica que involucraron, en todos los casos, tomas de edificios, amenazas de interrupción de las comunicaciones telefónicas y una larga duración; los conflictos de subterráneos entre 2003 y 2007, por la jornada de 6 horas, por recomposición salarial y, finalmente, por el pase a planta de tercerizados que, además, del impacto en el movimiento de automóviles y personas en la ciudad, incluyeron ocupaciones, cortes de vías, etc.; el largo plan de lucha del Hospital Garrahan durante 2005; la huelga de petroleros de Santa Cruz en 2006, con cortes de ruta y ocupaciones -en cuyo marco murió de un disparo el policía Sayago-; las huelgas docentes en Neuquén -donde fue asesinado el maestro Fuentealba- y en Santa Cruz en 2007, caracterizadas también por su duración y la apelación a cortes de rutas y ocupaciones. Estos y muchos otros conflictos obreros, entre los de mayor impacto en la escena política y en los medios de comunicación, comparten un conjunto de características. En primer lugar, la mayoría fueron protagonizados por comisiones internas y sindicatos locales. En este sentido, la transformación de las relaciones de fuerza entre las clases y de la situación política después de diciembre de 2001 y el descenso del desempleo constituyeron condiciones para que la tendencia a la fragmentación de los conflictos durante la década de los '90 pudiera dar lugar a un proceso de acumulación de fuerzas y de cristalización o consolidación de experiencias a nivel molecular. Sin embargo, dicho proceso -que dio lugar al surgimiento y desarrollo de comisiones internas y direcciones locales opositoras- fue desigual entre las distintas experiencias y tuvo un carácter local, no generalizado. Este bajo volumen y densidad sociales del proceso de acumulación molecular supuso que estas experiencias, si bien constituyeron -y constituyen- un desafío para las direcciones sindicales, no significaron una amenaza a la supervivencia de las direcciones de los sindicatos cegetistas, al menos hasta hoy.

Un segundo hecho, es que en varios de estos conflictos se desarrollaron también prácticas sindicales que pretendieron diferenciarse de -y enfrentarse a- las prácticas sindicales tradicionales y que se vinculan, en varios aspectos, con las formas asumidas

por el conflicto social durante la segunda mitad de los '90 y la crisis de 2001. La apelación al funcionamiento asambleario, la utilización de medidas no tradicionales en combinación con formas tradicionales de lucha, la radicalidad de las medidas, etc. son algunos de dichos aspectos. En tercer lugar, a la radicalidad de las medidas se sumó una tendencia a que los conflictos tuvieran una duración más prolongada.<sup>23</sup>

Pareciera, entonces, que entre los años 2003 y 2007 se desarrolló un proceso de recomposición de la acción sindical de los trabajadores que, por sus características, se vincularía con el ciclo de resistencias de desocupados y ocupados entre 1996 y 2001. Simultáneamente, a partir de 2003, se recuperaron aspectos del viejo vínculo funcional de los sindicatos con el estado centrado en la lucha salarial. Se reabrieron las negociaciones paritarias y tuvo un fuerte impulso la negociación de convenios colectivos. Hasta qué punto dicho proceso supone una ruptura, es decir, el inicio de una tendencia de reversión, con el proceso de desorganización de la acción de la clase obrera y de desproletarización subjetiva de amplias capas de asalariados iniciados en 1989 es algo que está por verse.

Lo que sí muestra este proceso de recomposición es que las tendencias estructurales de largo plazo que observábamos antes, si bien definen condiciones más desfavorables para la acción colectiva de los trabajadores –lo que quedaba de manifiesto en el análisis cuantitativo del conflicto obrero–, de ningún modo suponen un proceso de decadencia del movimiento obrero y mucho menos de la clase obrera. La desorganización de la acción de clase de los asalariados remite a derrotas en el campo de la lucha de clases, del mismo modo que el proceso de incipiente recomposición desde 2003 se desarrolló en el campo de los enfrentamientos y sobre la base de una historia de resistencias reciente.

### *C – Cambios en la composición de clase y cambios en la acción sindical*

Afirmábamos en la introducción que desde las teorías del fin de la sociedad industrial se ha planteado, como una consecuencia casi inevitable, una tendencia hacia el fin de la clase obrera. Si bien las transformaciones del capitalismo argentino están

---

<sup>23</sup> Este crecimiento de la conflictividad de los ocupados y el protagonismo de las instancias sindicales descentralizadas ha sido también desarrollado, entre otros, por Svampa (2008), Campione (2008) y Scolnik (2009). Este último señala el vínculo de las prácticas sindicales de las comisiones internas opositoras con las desarrolladas en por otros grupos sociales durante la crisis de 2001.

lejos de muchas de aquellas que dieron lugar al debate en Europa, las tendencias a la disminución del empleo industrial, al aumento del trabajo improductivo, al incremento de la precariedad y a la dualización del mercado de trabajo entre registrados y no registrados, anteriormente observadas, dieron lugar a afirmaciones similares en el escenario local. Como también planteábamos en la introducción, la identificación de la clase obrera con el trabajo productivo, especialmente el industrial, no es ajena al marxismo. Pero los datos de evolución del conflicto para 1989–2003 y 2003–2007 no confirman tales presunciones.

En los cuadros 23 y 24 se observa, tanto entre 1989 y 2003 como entre 2003 y 2007, una proporción mayor de conflictos protagonizados por asalariados improductivos y un porcentaje bastante menor de conflictos protagonizados por obreros industriales. A su vez, los cuadros 25 y 26 muestran que existe una proporción mayor de conflictos en el sector público entre 1989 y 2003 y que esa participación relativa se profundiza para el caso de los paros, lo cual podría estar mostrando las dificultades para ir a la huelga en el sector privado en condiciones de precariedad y alto desempleo. El cuadro 27 muestra porcentajes similares de paros por sector a los del cuadro 26, muy superiores en el sector público a los del sector privado, para los años 2003-07. Pareciera que los cambios en la composición de la clase obrera, especialmente el aumento del empleo improductivo y de la precariedad laboral en el sector privado, hubieran afectado la participación relativa de los diferentes grupos de trabajadores en los conflictos. Sin embargo, nada autoriza a suponer que los trabajadores improductivos o los trabajadores del estado tienen una menor disposición a organizarse sindicalmente y a actuar como colectivos laborales. Tal disposición, la tendencia a la constitución de la acción de los asalariados como acción de clase, no está estructural ni sociológicamente determinada.

Los docentes de primaria y media y los pilotos de aviación civil en Argentina desde los '90 -dos categorías de trabajadores que en los años '60 ningún autor hubiera considerado parte de la clase obrera- muestran hasta qué punto es así. Tanto unos como otros desarrollaron un acelerado proceso de sindicalización de su acción en los últimos 20 o 25 años. Los docentes a partir de los años '80, en oposición a la política educativa alfonsinista y en demanda de aumentos salariales, desarrollaron importantes acciones de protesta que incluyeron largas huelgas y grandes movilizaciones. Desde la marcha blanca de 1988, pasando por los conflictos contra el menemismo y el gobierno de la Alianza, hasta la actualidad, los docentes no sólo incrementaron sus tasas de sindicalización sino que mostraron una disposición a realizar paros sensiblemente

mayor que la de otros grupos de trabajadores. Esto es especialmente cierto en provincias en las que han desarrollado un alto grado de combatividad, con huelgas prolongadas y medidas radicales, como en los casos de Salta y Neuquén, pero también en Santa Fe y Buenos Aires. Los pilotos de aviación también incrementaron sus tasas de sindicalización y su disposición a la lucha a partir de la resistencia a la privatización de Aerolíneas Argentinas, primero, y de la lucha contra los efectos de la crisis de diversas empresas de aviación (Aerolíneas, Lapa, Southern Winds, etc.), después. Ambos casos muestran hasta que grado la constitución de los enfrentamientos como enfrentamientos de clases es un desarrollo histórico. La reproducción ampliada del antagonismo objetivo entre capital y trabajo supone su posibilidad pero, de la misma manera que las teorías que parten de una definición de la clase obrera restringida al clásico “cuello azul” fallan en sus predicciones, el optimismo mecanicista que asocia proletarización objetiva y agudización del enfrentamiento de clases tampoco acierta.

## **5. Conclusiones**

Como señalamos en la introducción, las tesis del fin de la clase obrera en sus diversas variantes no se basan fundamentalmente en la reducción del número de asalariados. Sin embargo, la evidencia de la continuidad del proceso de proletarización, es decir, del crecimiento absoluto y proporcional del número de asalariados, sí plantea interrogantes sobre el énfasis puesto, particularmente por las teorías del pasaje a la sociedad posindustrial, sobre determinados cambios. ¿En qué medida esos cambios suponen transformaciones de un grado tal que permitan pasar por alto continuidades como aquella? En cuanto se echa por tierra la idea de que la clase obrera se limita a determinados grupos de asalariados, excluyéndose a otros sin razones teóricas de peso, la continuidad de la tendencia a constituir a la masa de productores directos en vendedores de fuerza de trabajo y a la concentración y centralización crecientes del capital exige primacía explicativa respecto de los cambios en la composición de la fuerza de trabajo. La apelación a esta última como causa remite a un fundamento sociológico de la noción de clase. Dicho fundamento sociológico no es más que el compendio de las condiciones sociales en las que la clase obrera se constituyó como sujeto en determinado momento histórico pero transformado en condición *sine qua non* de todo proceso de formación de clase. Sólo de ese modo el aumento del empleo improductivo de la fuerza de trabajo, el mayor o menor peso de los asalariados

industriales o las transformaciones en los patrones de interacción entre obreros en el proceso de trabajo pueden conducir al fin de la clase obrera. De lo contrario, los cambios en la composición de la fuerza de trabajo pueden reducir o incrementar las capacidades estructurales para la acción colectiva de los trabajadores o inducir cambios en las formas de acción y organización, pero no suprimen ni a la clase como relación social objetiva ni a la potencialidad de los obreros de constituirse en sujeto colectivo. Y, en todo caso, en qué medida todas o algunas de esas transformaciones estructurales serán productivas para el proceso de formación de clase, se determinará en el terreno de la lucha de clases, donde tiene lugar la invención de organización, lenguajes y tradiciones comunes, etc.

Diferente es el caso del posmarxismo. Laclau no pretende explicar el fin del predominio de las identidades de clase por los cambios estructurales del capitalismo posindustrial sino cómo estos han puesto de manifiesto la ausencia de sujetos preconstituidos. En todo caso el “capitalismo globalizado” ha vuelto más inestables las identidades. Laclau se enfoca en las lógicas formales de constitución de identidades antagonistas, buscando expurgar a la teoría del sujeto de todo esencialismo y, confundido con ello, de cualquier determinación material. El problema es si realmente puede abstraerse la constitución de sujetos de cualquier determinación material. En primer lugar, recordemos que para Laclau el problema poulantziano de la “búsqueda de la verdadera clase obrera” conducía a un callejón sin salida porque no existe unidad de los sujetos fundada en intereses objetivos. Pero, abandonada toda determinación material, una articulación de demandas de distintas fracciones de asalariados es formalmente equivalente a una articulación de demandas de una fracción de asalariados y una fracción de la gran burguesía momentáneamente excluida del “bloque en el poder”. ¿Puede afirmarse tal cosa? Aun abandonando la teoría marxista de la explotación como fundamento objetivo del antagonismo entre capitalistas y obreros, cualquier teoría clásica de la estratificación social o la teoría de Bourdieu del espacio social como espacio de posibilidades para la constitución de sujetos –para mencionar otra– concluiría que las distancias sociales que separan a asalariados entre sí y a asalariados y grandes empresarios son muy dispares. Dichas distancias sociales están estructuralmente determinadas y son, en gran medida, independientes de circunstancias históricas, siempre que se trate sociedades en las que el capitalismo sea dominante. Pero, aún dejando de lado esta cuestión y admitiendo que, en todo caso, los asalariados del Silicon Valley tampoco parecen tener mucho que ver con los negros desempleados

de Harlem, el problema es si el propio Laclau es capaz de sostener su teoría totalmente expurgada de determinaciones materiales. Lo cierto es que la primera de las determinaciones formales de su modelo de lógica hegemónica es sospechosa de portar un resto de determinación material: nos referimos a la desigualdad en la distribución del poder, al menos en la medida en que, para ser establecida, requiere de un criterio que es exterior al modelo formal. Excluyendo que esa distribución desigual de poder sea totalmente contingente, en el mejor de los casos, el problema y, por lo tanto, la contingencia se reducen a qué relaciones de opresión o qué combinación de ellas serán determinantes en un momento de ruptura y constitución de sujetos. Por lo tanto, esto devolvería a la discusión el problema de si debemos o no considerar como determinante a la “economía”.<sup>24</sup> Si así fuera, en el fondo, no se trataría de otra cosa que del mismo rompecabezas althusseriano, que lo único que demuestra es la imposibilidad de una lectura estructuralista de Marx. En realidad, a lo que lleva, al igual que en el caso de las teorías de la sociedad posindustrial, es a la pregunta sobre que significa “capitalismo” en boca de Laclau y de Touraine.

Sin embargo, hay una dimensión en ambos –particularmente en Laclau– que debe ser tomada en serio y es que las luchas sociales no necesariamente se articulan en torno del antagonismo entre capital y trabajo. Como hemos observado, los ’90 se caracterizaron por un profundo proceso de proletarización objetiva y otro simultáneo de desorganización de clase y desproletarización subjetiva. En este sentido, si la dimensión estructural, la constitución objetiva de las relaciones sociales como relaciones entre clases, no puede ser desdeñada, tampoco pueden subestimarse los aspectos identitarios de los enfrentamientos que son luchas –al interior de las luchas– por definir y redefinir los ejes de confrontación social. La discusión sobre el fin o el declive de la clase obrera es parcialmente una extensión teórica de dicho enfrentamiento.

## Cuadros

Cuadro 1

	1980		1991		2001	
<b>Obreros y empleados</b>	2792977	74,51%	2941557	67,46%	2619319	73,30%
<b>Cuenta Propia</b>	669773	17,87%	964354	22,12%	662600	18,54%
<b>Patrón</b>	228658	6,10%	330986	7,59%	219874	6,15%

<sup>24</sup> En ello concluye la respuesta a Zizek en *La razón populista* cuando Laclau, con razón, afirma que es falso que él no reconozca “una desigualdad esencial entre los elementos que participan en la lucha hegemónica” (Laclau 2010: 293) como requisito de la hegemonía.



<b>Trabajador familiar</b>	56771	1,51%	114896	2,63%	71779	2,01%
<b>Ignorada</b>	0	0%	8354	0,19%	0	0%
<b>Total</b>	3748179	100%	4360147	100%	3573572	100%
<b>Desocupados</b>	12702		344753		1648773	
<b>O y E + Desocupados</b>	2805679		3286310		4268092	
<b>Crecimiento intercensal O y E + D</b>				17,13%		29,88%
<b>PEA</b>	3760881		4704900		5222345	
<b>Crecimiento intercensal PEA</b>				25,10%		11%

Fuente: Censos Nacionales

Cuadro 2

	1980		1991		2001	
	N	%	N	%	N	%
<b>PEA</b>	3789975		4440989		5561696	
<b>Crecimiento PEA</b>				17,2		25,2
<b>OyE Ocup. y desocup.</b>			3170152		4308074	
<b>Crecimiento OyE Ocup. y desoc.</b>						35,9

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 3: Evolución de la Categoría Ocupacional 1998 - 2006

	1998		2006	
	N	%	N	%
<b>Patrón o empleador</b>	239045	5,0	209451	3,8
<b>Trabajador por su cuenta</b>	974473	20,3	1025055	18,7
<b>Obrero o Empleado</b>	3520285	73,4	4215823	76,7
<b>Trabajador sin salario</b>	59565	1,2	45142	,8
<b>Total</b>	4793368	100,0	5495471	100,0

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 4

	1998	2006
<b>N° de desocupados</b>	740.647	647392
<b>Asalariados ocupados y desocupados</b>	4.260.932	4863215
<b>Crecimiento asalariados ocup y desocup.</b>		14,1%
<b>Crecimiento PEA</b>		11%
<b>Tasa de desempleo</b>	13,4%	10,5%

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 5: Asalariados ocupados productivos e improductivos

	1980	1988	1998	2006
<b>Productivos</b>	54,0 %	47,9 %	40,6 %	36,3%
<b>Improductivos</b>	44,3 %	52,0 %	58,7 %	63,2%
<b>Desconocidos</b>	1,7 %	0,1 %	0,7 %	0,5%
<b>Total</b>	100 %	100 %	100 %	100,0

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 6: Asalariados productivos según sector de producción

	1980	1988	1998	2006
<b>Act. Prim. e Industria</b>	65,0 %	63,9 %	49,7 %	49,6 %
<b>Construcción</b>	12,8 %	10,5 %	13,7 %	16,9 %
<b>Servicios y Transporte</b>	22,2 %	25,5 %	36,6 %	33,4 %
<b>Total</b>	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 7: Trabajo en negro: asalariados ocupados con y sin aporte jubilatorio

	1980	1988	1998	2006
<b>Jubilación si</b>	79,8 %	69,4 %	61,7 %	56,4 %
<b>Jubilación no</b>	19,8 %	29,9 %	37,3 %	43,6 %
<b>Ignorado</b>	0,5 %	0,7 %	1,0 %	0 %
<b>Total</b>	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 8: Asalariados ocupados según sexo

	1980	1988	1998	2006
<b>Varones</b>	66,4 %	62,8 %	59,9 %	54,8 %
<b>Mujeres</b>	33,6 %	37,2 %	40,1 %	45,2 %
<b>Total</b>	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 9: Asalariados ocupados según calificación

	1980	1988	1998	2006
<b>C. Profesional</b>	5,1 %	8,8 %	7,6 %	6,9 %
<b>Calificados</b>	67,0 %	64,1 %	63,0 %	64,8 %
<b>No calificados</b>	22,8 %	26,7 %	28,4 %	25,7 %
<b>Ignorada</b>	5,2 %	0,4 %	1,1 %	2,6 %
<b>Total</b>	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 10: Evolución de la calificación de los asalariados ocupados según ramas industriales que crecieron y que no crecieron

	1992		1998	
	Ramas que crecieron	Ramas que no crecieron	Ramas que crecieron	Ramas que no crecieron
<b>C. Profesional</b>	4,7 %	3,7 %	6,9 %	2,6 %
<b>Calificados</b>	79,1 %	85,1 %	70,8 %	82,9 %
<b>No calificados</b>	16,0 %	10,1 %	22,2 %	14,1 %
<b>Ignorados</b>	0,3 %	1,1 %	0 %	0 %
<b>Total</b>	100 %	100 %	100	100

Fuente: EPH - INDEC

Cuadro 11: Evolución del promedio mensual de paros, junio de 2003 – diciembre de 2007

2003	2004	2005	2006	2007
5,4	11,2	17	9,25	16

Cuadro 12: Evolución del promedio mensual de acciones, porcentaje de cortes, ocupaciones y tomas y porcentaje de marchas, concentraciones y otros, junio de 2003 – diciembre de 2007

	2003	2004	2005	2006	2007
Prom. Mensual de acciones	27,42	40,8	27,3	7,8	2,2
Porcentaje de cortes, ocupaciones y tomas	76,1%	82,2%	84,8%	39,4%	30,8%
Porcentaje de marchas, concentraciones y otros	23,9%	17,8%	15,2%	60,6%	69,2%

Cuadro 13: Evolución porcentaje de paros motivados por aumento salarial, junio de 2003 – diciembre de 2007

2003	2004	2005	2006	2007	Total período
50,0%	76,9%	83,8%	64,9%	59,9%	70,7%

Cuadro 14: Evolución del porcentaje de paros motivados por aumento salarial según sector de actividad y año, junio de 2003 – diciembre de 2007

Año			Sector de actividad			Total
			Público	Privado	Mixto	
2003	Aumento salarial	Si	75,0%	18,8%	50,0%	50,0%
		No	25,0%	81,3%	50,0%	50,0%
		Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
		N Total	20	16	2	38
2004	Aumento salarial	Si	86,1%	22,2%	,0%	76,9%
		No	13,9%	77,8%	100,0%	23,1%
		Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
		N Total	115	18	1	134
2005	Aumento	Si	93,2%	58,9%	100,0%	83,8%

		No	6,8%	41,1%	,0%	16,2%
		Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
		N Total	147	56	1	204
2006	Aumento	Si	78,1%	46,8%	0	64,9%
		No	21,9%	53,2%	0	35,1%
		Total	100,0%	100,0%	0	100,0%
		N Total	64	47	0	111
2007	Aumento	Si	64,3%	54,0%	,0%	59,9%
		No	35,7%	46,0%	100,0%	40,1%
		Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
		N Total	126	63	3	192

Cuadro 15: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento, local y provincial), 1989 - 2003

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
59,2	49,2	37,8

Cuadro 16: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento, local y provincial), 1989 - 2003 (sólo paros)

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
29,6	60,9	63

Cuadro 17: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento, local y provincial), 2003 - 2007

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
28,2	81	84,5

Cuadro 18: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento y local), 1989 - 2003

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
56,1	32,4	26,2

Cuadro 19: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento y local), 1989 - 2003 (sólo paros)

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
49,9	44,7	27,4

Cuadro 20: Evolución de porcentajes de conflictos descentralizados (CD) (empresa o establecimiento y local), 2003 - 2007

% CD Sector privado/CD total	% CD Sector Privado/Total Sector Privado	% CD /Total de Conflictos
47,6	59	36,5

Cuadro 21: Evolución anual de la proporción de conflictos descentralizados (empresa o establecimiento y local), 2003 - 2007

2003	2004	2005	2006	2007
43,8%	66,7%	62,5%	53,2	60,3

Cuadro 22: Proporción de paros articulados con tomas, ocupaciones, cortes y sabotajes

2003	2004	2005	2006	2007
7,9	9,0	13,2	28,8	21,4

Cuadro 23: Porcentaje de conflictos protagonizados por asalariados productivos, improductivos, del agro, minería e industria, del transporte y de servicios sociales y comunales, 1989 - 2003

Productivos	Improductivos	Agro, minería e industria	Transporte	Servicios sociales y comunales
-------------	---------------	---------------------------	------------	--------------------------------

				comunales*
36,8	61	16,5	13,2	26,3

\*Incluye docentes.

Cuadro 24: Porcentaje de paros protagonizados por asalariados productivos, improductivos, del agro, minería e industria, del transporte y docentes de primaria y media, 2003 – 2007

Productivos	Improductivos	Agro, minería e industria	Transporte	Docentes media y primaria
29,4	68,8	5,5	20,9	27

Cuadro 25: Porcentaje de conflictos protagonizados por asalariados de los sectores público y privado, 1989 – 2003

Sector Público	Sector Privado	Más de un sector
53,0	45,4	1,5

Cuadro 26: Porcentaje de paros protagonizados por asalariados de los sectores público y privado, 1989 – 2003

Sector Público	Sector Privado	Más de un sector
68,4	30,5	0,8

Cuadro 27: Porcentaje de paros protagonizados por asalariados de los sectores público y privado, 2003 - 2007

Público	Privado	Más de un sector
69,5	29,5	1

## Bibliografía

- Auyero, J. (2002): *La protesta*, Bs. As., Libros del Rojas – UBA.
- Bell, D. (2001): *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza.
- Bonefeld, W. (2004): “Clase y constitución”, en AAVV: *Clase = Lucha*, Bs. As., Herramienta.
- Campione, D. (2008): “Reaparición obrera en Argentina a partir de 2004” en M. López Maya; N. Iñigo Carrera y P. Calveiro (eds.): *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*, Bs. As., FLACSO.
- Carchedi, G. (1977): *The economic identification of Social Classes*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Castel, R. (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Bs. As., Paidós.
- Castells, M. (2001): *La era de la información*, México, Siglo XXI.
- Donaire, R. (2007): “Quiénes son los «trabajadores por cuenta propia»? (Argentina, 1980/2001)”, en *Laboratorio 20*, Bs. As., Facultad de Ciencias Sociales / SIMEL – UBA.
- Engels, F. (1974): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Bs.As., Diáspora.
- Farinetti, M. (1999): “¿Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina”, en *Trabajo y Sociedad* 1 (I), Santiago del Estero.
- Gorz, A. (1991): *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*, Madrid, Sistema.
- Gunn, R. (2004): “Notas sobre clase”, en AAVV: *Clase = Lucha*, ed. cit.
- Holloway, J. (1994) *Marxismo, estado y capital*, Bs. As., Tierra del Fuego.

Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2001): “La protesta social en los ’90. Aproximación a una periodización” en *PIMSA Documentos y comunicaciones 2000*, Bs. As., PIMSA.

Iñigo Carrera y N., Cotarelo, M. C. (2003): “¿Quién es el sujeto?”, en *Razón y Revolución* 11, Bs. As., CEICS.

Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2004): “La insurrección espontánea. Argentina diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización”, en *PIMSA Documentos y comunicaciones 2003*, Bs. As., PIMSA.

Laclau, E. (2000): “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, en J. Butler, E. Laclau y Slavoj Žižek: *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2010): *La razón populista*, Bs., As., Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004): *Hegemonía y estrategia socialista*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1985): *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa Calpe.

Marx, K. (1998): *El capital*, México, Siglo XXI, tomo III.

Monza, A. (1998): “La crisis del empleo en la Argentina de los noventa. Las debilidades de la interpretación estándar”, en D. Filmus y E. Isuani (eds.): *La Argentina que viene*, Bs. As., UNICEF / FLACSO / Norma.

Olin Wright, E. (1983): *Clase, crisis y estado*, Madrid, Siglo XXI.

Olin Wright, E. (1994): *Clases*, Madrid, Siglo XXI.

Piva, A. (2006): “El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989 – 2001)”, en *Estudios del Trabajo*, Bs. As., ASET.

Piva, A. (2008): “Monsieur Le Travail, Monsieur Le Capital y Madame La Terre. Notas críticas sobre la noción marxista de clase”, en *Bajo el Volcán* 13, Puebla,.

Piva, A. (2009a): “Vecinos, Piqueteros y Sindicatos disidentes. La dinámica del conflicto social entre 1989 y 2001”, en A. Bonnet y A. Piva: *Argentina en pedazos. Luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*, Bs. As., Peña Lillo –Continente.

Piva, A. (2009b): *Acumulación de capital y hegemonía en Argentina (1989 – 2001)*, Tesis doctoral, Mimeo.



Poulantzas, N. (1975): “Las clases sociales”, en AAVV: *Las clases sociales en América Latina: Problemas de conceptualización (Seminario de Mérida)*, México, Siglo XXI.

Rifkin, J. (2000): *El fin del trabajo*, Bs. As., Paidós.

Schuster, F. *et al* (2002): *La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001*, Informes de coyuntura 3, Bs. As., Instituto de Investigaciones Sociales “Gino Germani” – FCS – UBA.

Schuster, F. *et alii* (2006): *Transformaciones de la protesta social en la Argentina 1989 – 2003*, Documento de trabajo 48, Bs. As., Instituto de Investigaciones Sociales “Gino Germani” – FCS – UBA.

Scolnik, F. (2009): “El movimiento obrero argentino entre dos crisis: las organizaciones de base antiburocráticas en el área metropolitana de Buenos Aires durante el período 2003-2007”, en *Conflicto Social 2*, Bs. As., Instituto de Investigaciones Gino Germani – FCS - UBA.

Svampa, M y Pereyra, S.(2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Bs. As., Biblos.

Svampa, M. (2008): “Argentina: una cartografía de las resistencias 2003 – 2008”, *Revista OSAL 24*, Bs. As., CLACSO.

Touraine, A. (1987): *El regreso del actor*, Bs. As., Eudeba.

Zizek, S. (2003a): *El sublime objeto de la ideología*, Bs. As., Siglo XXI.

Zizek, S. (2003b): *A propósito de Lenin*, Bs. As., Atuel.